

*P. V. Ledesma*  


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA



---

PARIS. — TIPOGRAFIA DE A. MARC, 22, RUE DE VERNEUIL.

---



# INDICE DE LAS MATERIAS

## DEL TOMO TRIGÉSIMOSEXTO

	Págs.		Págs.		Págs.
<b>Número 911.</b>					
Captura de una ballena en Marsella (grabado)	2	boa (grabado)	53	Estrasburgo (grabado)	108
Revista española	id.	Una vista en las cercanías de Paris (grabado)	id.	Las manifestaciones (grabado)	id.
Sucesos de la República Argentina (grabado)	3	Las armas de la mujer	id.	Aspecto de los bulevares en las noches de las mani-	109
Portugal : catedral de Batalha (grabado)	id.	Estudios militares	54	festaciones (grabado)	110
Revista de Paris	6	Revista de Paris	55	Escenas de la vida inglesa	111
El vals de media noche	7	Bellas Artes : <i>La vuelta de la fiesta</i> (grabado)	id.	Mapa del Gran Ducado de Luxemburgo (grabado)	id.
Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra-	id.	Los galeones de Vigo (grabados)	57	Problemas de ajedrez (grabado)	112
bados)	10	El serrallo del bajá	58	El Alto Tribunal de Justicia (grabado)	id.
El Caballero del Cisne	11	Escenas de la vida inglesa	59		
Un cuento de Edgardo Poe	12	Actualidades atmosféricas, por Bertall (grabados)	61	<b>Número 918.</b>	
El impuesto sobre la renta y sobre las bebidas, por	14	Los bomberos de Constantinopla (grabado)	62	Los torpedos (grabados)	113
Cham (grabados)	id.	El Doctor Témis	id.	Poetas líricos del siglo XIX	114
Exposicion internacional de Cassel (grabado)	15	Arion, estatua por M. Hiolle (grabado)	64	La guerra ilustrada (grabados)	115
El Doctor Témis	16	<b>Número 915.</b>			
Problemas de ajedrez (grabado)	17	El osario de Solferino (grabado)	66	Concentraci6n de tropas : Una estacion entre Metz	117
Monumento conmemorativo de la guerra del Paraguay	18	Revista española	id.	y Forbach (grabado)	id.
(grabado)	19	Abdicacion de la reina Isabel (grabado)	69	Destacamento en marcha para el campamento del Ban	118
<b>Número 912.</b>					
Cárlos Dickens (grabado)	20	Lord Clarendon (grabado)	70	San Martin (grabado)	id.
Usos y costumbres de L6ndres	id.	Revista de Paris	id.	Revista de Paris	119
El vals de media noche	22	Poesía	71	Poesías	id.
El gran premio de cien mil francos en las carreras de	23	El proceso contra la sociedad <i>la Internacional</i> (gra-	73	Los generales prusianos (grabados)	id.
caballos de Paris (grabado)	id.	bado)	id.	De Villahermosa á la China	122
Una ordenacion en la iglesia de San Sulpicio de Pa-	24	El palacio del Belvedere (grabado)	76	Armamento del fuerte San Julian, cerca de Metz (gra-	124
ris (grabado)	25	Escenas de la vida inglesa	id.	bado)	id.
Incendio en la selva de Fontainebleau (grabado)	26	El monte Vuache en los Alpes Suizos (grabado)	76	La aldea de Sierck, cerca de Thionville, frontera fran-	125
Revista de Paris	27	Los paseos de Paris (grabado)	id.	cesa (grabado)	id.
El serrallo del bajá	28	El Doctor Témis	80	Los alistamientos voluntarios (grabado)	126
Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra-	29	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Escenas de la vida inglesa	128
bados)	30	El retrato de M. de Bismark (grabado)	id.	Cuartel general del general Frossard (grabado)	id.
Escenas de la vida inglesa	31	<b>Número 916.</b>			
Mi casa de campo y mi arquitecto, por Nadar (graba-	32	Academia de la Historia	81	El <i>Rey Guillermo</i> , fragata acorazada prusiana (grabado)	129
dos)	33	Consejo de ministros presidido por S. A. el Regente	83	Revista española	130
El Doctor Témis	34	en la Granja (grabado)	id.	La Guerra ilustrada (grabados)	131
Los galeones de Vigo (grabados)	35	Poetas líricos del siglo XIX	83	Entrada de S. M. el emperador en Metz (grabado)	132
<b>Número 913.</b>					
Bellas Artes : <i>Somnolencia</i> , estatua por M. F. Leroux	36	Retratos del general Prim y del príncipe Leopoldo de	84	Salida de la guardia nacional movilizada	133
(grabado)	id.	Hohenzollern (grabados)	86	Revista de Paris	134
Usos y costumbres de L6ndres	37	Revista de Paris	id.	Poetas líricos del siglo XIX	135
El serrallo del bajá	38	Poesías	87	La escuadra acorazada del Báltico pasando delante de	136
Un entierro en Venecia (1868) (grabado)	39	El Alto Tribunal de Justicia en Blois (grabados)	90	Douvres (grabado)	id.
Una vista de Castel Gandolfo (grabado)	40	El Doctor Témis	94	Tipos y fisonomías del ejército del Rhin : Soldados	137
Revista de Paris	41	Los incendios de las Landas (grabados)	94	comprando medallas (grabados)	138
Poesías	42	Escenas de la vida inglesa	id.	Escenas de la vida inglesa	139
El incendio de Constantinopla en 5 de junio de 1870	43	El salon de los Estados en el palacio de Blois (gra-	96	Mapa del litoral prusiano del Báltico (grabado)	140
(grabados)	44	bado)	id.	Material del tren auxiliar en la plaza Real de Metz	141
El Doctor Témis	45	<b>Número 917.</b>			
El juego clandestino en Paris (grabado)	46	La declaracion de guerra (grabado)	97	Estado actual del puente de Kehl (grabado)	142
Escenas de la vida inglesa	47	A nuestros lectores	98	La ciudad de Luxemburgo despues de la destruccion	id.
Problemas de ajedrez (grabado)	48	Poetas líricos del siglo XIX	id.	de las fortificaciones (grabado)	143
Las termas de Pierrefonds (grabado)	49	La guerra ilustrada (grabados)	99	De Villahermosa á la China	144
<b>Número 914.</b>					
Armando Barbés (grabado)	50	Salida de tropas (grabado)	100	Tipos y fisonomías del ejército del Rhin (grabado)	id.
Poetas líricos del siglo XIX	51	Campamento de tropas en Metz (grabado)	101	Problemas de ajedrez (grabado)	id.
El <i>City-of-Raguse</i> (grabado)	52	Revista de Paris	102		
Manifestacion en favor del general Saldanha en Lis-	53	La Francia y la Prusia	id.	<b>Número 920.</b>	
	54	El Bolsin del boulevard de los Italianos (grabado)	104	El wagon-ambulancia y el wagon-fragua (grabados)	145
	55	¡ Viva la guerra ! (grabado)	id.	La literatura italiana	146
	56	¡ Viva la paz ! (grabado)	105	Anuncio de la prision de los propagadores de noti-	148
	57	De Villahermosa á la China	106	cias falsas (grabado)	id.
	58			Salida de la ambulancia de la prensa francesa (gra-	149
	59			bado)	id.
	60				



	Págs.		Págs.		Págs.
Revista de Paris. . . . .	150	Revista de Paris. . . . .	230	Escenas de la vida inglesa. . . . .	298
Poesías. . . . .	151	Los dos Adolfos. . . . .	231	Cuadros parisienses (grabado). . . . .	300
La Guerra ilustrada (grabados). . . . .	id.	La batalla de Sedan (grabado). . . . .	232	De Villahermosa á la China. . . . .	302
Aspecto de Saverna durante la retirada del mariscal Mac-Mahon (grabado). . . . .	152	La batalla de Mouzon (grabado). . . . .	id.	Episodios de la revolucion del 4 de setiembre (grabado). . . . .	304
Panorama de la línea del Sarr (grabado). . . . .	id.	Escenas de la vida inglesa. . . . .	234	Problemas de ajedrez (grabado). . . . .	id.
Escenas de la vida inglesa. . . . .	154	Visita del rey de Prusia al campo de batalla de Sedan (grabado). . . . .	236		
Combate de Saarbruck (grabado). . . . .	156	Llegada de Napoleon al campamento prusiano despues de la capitulacion de Sedan (grabado). . . . .	237		
Panorama de Wissemburgo (grabado). . . . .	157	De Villahermosa á la China. . . . .	238		
De Villahermosa á la China. . . . .	158	Primer combate delante de la aldea de Mouzon (grabado). . . . .	240		
Llegada de un convoy de heridos á la estacion de Metz (grabado). . . . .	160	El ejército francés pasando por la aldea del Chene (grabado). . . . .	id.		
<b>Número 921.</b>		<b>Número 926.</b>		<b>Número 930.</b>	
La Guerra ilustrada (grabados). . . . .	161	Ovacion á M. Washburn, ministro de los Estados Unidos en Paris (grabado). . . . .	241	Escenas de la guerra (grabado). . . . .	305
Mapa para seguir las operaciones militares en Alsacia y en Lorena (grabado). . . . .	163	La literatura italiana. . . . .	242	Circular de M. de Bismark. . . . .	id.
Obras en el recinto fortificado de Paris (grabado). . . . .	164	Episodios de la revolucion del 4 de setiembre (grabados). . . . .	244	Contestacion de M. Julio Favre. . . . .	306
La defensa de Paris : Colocacion de los cañones (grabado). . . . .	165	Revista de Paris. . . . .	246	La rival generosa. . . . .	307
Los cuerpos francos (grabado). . . . .	id.	Poesías. . . . .	247	Incendio de Saint-Cloud (grabado). . . . .	id.
Revista de Paris. . . . .	166	Bombas, granadas, balas. . . . .	id.	Defensa de Paris : La batería de Montmartre (grabado). . . . .	309
Poesía. . . . .	167	Escenas de la vida inglesa. . . . .	id.	Revista de Paris. . . . .	310
La literatura italiana. . . . .	id.	Mapa general de las afueras de Paris (grabado). . . . .	248	Poesía. . . . .	311
La guardia movilizada en el campamento de Chalons (grabados). . . . .	168	El sitio de Paris (grabados). . . . .	251	El combate de Bagnoux (grabados). . . . .	id.
Escenas de la vida inglesa. . . . .	169	De Villahermosa á la China. . . . .	254	Muerte del comandante M. de Dampierre (grabado). . . . .	312
La batalla de Wissemburgo (grabado). . . . .	172	Problemas de ajedrez (grabado). . . . .	255	Escenas de la vida inglesa. . . . .	314
El alistamiento de guardias nacionales de Paris (grabado). . . . .	173	Llegada de la guardia movilizada de los departamentos (grabado). . . . .	256	Estudios retrospectivos de la guerra de 1870 (grabado). . . . .	316
De Villahermosa á la China. . . . .	174	Heridos de Sedan á su entrada en Paris (grabado). . . . .	id.	Ambulancia instalada en la iglesia de Mouzon (grabado). . . . .	317
El nuevo ministerio francés (grabados). . . . .	175			De Villahermosa á la China. . . . .	318
				Problemas de ajedrez (grabado). . . . .	320
				Los prisioneros prusianos (grabado). . . . .	id.
<b>Número 922.</b>		<b>Número 927.</b>		<b>Número 931.</b>	
La Guerra ilustrada (grabados). . . . .	177	La Guerra ilustrada (grabados). . . . .	257	Las ambulancias (grabado). . . . .	321
La literatura italiana. . . . .	178	Relacion del ministro de Negocios extranjeros al gobierno de la defensa nacional. . . . .	258	Memorandum. . . . .	id.
Batalla de Gravelotte entre Mers-la-Tour y Doncourt : Vista tomada de Vionville (grabado). . . . .	181	El sitio de Estrasburgo (grabado). . . . .	261	Apuntes históricos. . . . .	322
Revista de Paris. . . . .	182	Revista de Paris. . . . .	262	Ataque de Cachan y de la casa Millaud (grabado). . . . .	323
Poesía. . . . .	183	Poesía. . . . .	id.	Los marinos del fuerte de Montrouge (grabado). . . . .	324
La defensa de Paris (grabados). . . . .	184	Anécdota. . . . .	263	Estudios históricos : El cardenal Cisneros. . . . .	id.
Escenas de la vida inglesa. . . . .	186	Requisiciones de los prusianos en una granja (grabado). . . . .	264	Revista de Paris. . . . .	326
Batalla de Gravelotte : El ejército francés pasando por los Genivaux la víspera de la batalla (grabado). . . . .	188	Habitantes de Bazeilles condenados á muerte (grabado). . . . .	265	Poesía. . . . .	327
Aspecto de la estacion de Chalons al paso de un tren de heridos (grabado). . . . .	id.	Escenas de la vida inglesa. . . . .	266	La accion del 31 de octubre (grabados). . . . .	id.
Paris : El cambio de billetes en el Banco de Francia (grabado). . . . .	189	Vista de la ciudad de Toul (grabado). . . . .	268	Escenas de la vida inglesa. . . . .	330
Paris : El ejercicio de fusil en los squares de la plaza del Carrousel (grabado). . . . .	id.	Desastre de Sedan (grabado). . . . .	id.	Episodios del sitio de Paris (grabado). . . . .	332
De Villahermosa á la China. . . . .	190	Descubrimiento del globo-correo de Metz (grabado). . . . .	269	Curacion de un herido (grabado). . . . .	id.
Problemas de ajedrez (grabado). . . . .	191	Hulanos haciendo una requisicion en una granja (grabado). . . . .	id.	De Villahermosa á la China. . . . .	333
El general Trochu (grabado). . . . .	192	De Villahermosa á la China. . . . .	270	Escenas del campamento (grabado). . . . .	id.
		Problemas de ajedrez (grabado). . . . .	271	La guerra : El transporte de muertos (grabado). . . . .	336
		Defensa de Paris (grabado). . . . .	272		
<b>Número 923.</b>		<b>Número 928.</b>		<b>Número 932.</b>	
Corta de árboles del bosque de Boulogne (grabado). . . . .	193	El sitio de Paris (grabados). . . . .	273	El general Bourbaki (grabado). . . . .	337
La literatura italiana. . . . .	194	Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo. . . . .	274	Estudios históricos : El cardenal Cisneros. . . . .	id.
La Guerra ilustrada (grabados). . . . .	195	Revista de Paris. . . . .	278	Los combates del Bourget (grabados). . . . .	339
Vista general de Estrasburgo (grabado). . . . .	196	Poesía. . . . .	279	Apuntes sobre la declamacion y la historia del teatro. . . . .	340
Batalla de Gravelotte (grabado). . . . .	197	De Villahermosa á la China. . . . .	id.	Revista de Paris. . . . .	342
Revista de Paris. . . . .	198	Accion de Villejuif (grabado). . . . .	280	Poesías. . . . .	343
Poesías. . . . .	199	Un bastion (grabado). . . . .	281	Sitio de Paris : Puesto Tourterelle en la Courneuve (grabado). . . . .	344
El consejo de guerra (grabado). . . . .	200	Al pueblo inglés. . . . .	283	La cosecha de verduras en las afueras de Paris (grabado). . . . .	345
Ejecucion de Hardt (grabado). . . . .	201	Desertores conducidos á la plaza despues de la accion de Chatillon (grabado). . . . .	284	Escenas de la vida inglesa. . . . .	id.
Una ronda nocturna en Colmar (grabado). . . . .	id.	El público en el cerro de Montmartre (grabado). . . . .	id.	El cuartel de los exploradores Franchetti (grabado). . . . .	349
Escenas de la vida inglesa. . . . .	202	La afluencia de viajeros en la estacion del ferro-carril de Orleans (grabado). . . . .	285	M. Dupuis, fundador de la Asociacion mútua de la guardia nacional (grabado). . . . .	id.
El general Uhrich (grabado). . . . .	205	La gente en las carnicerías (grabado). . . . .	id.	El cuartel de la Pepinière (grabado). . . . .	id.
La defensa de Paris (grabado). . . . .	id.	Escenas de la vida inglesa. . . . .	286	De Villahermosa á la China. . . . .	350
De Villahermosa á la China. . . . .	206	El Doctor Chenu (grabado). . . . .	288	Un episodio del combate de la Malmaison (grabado). . . . .	352
Abastecimientos de Paris (grabado). . . . .	208	Soldado del 88 de línea curado por una mujer en la granja de Villemontry (grabado). . . . .	id.		
El general Legrand (grabado). . . . .	id.				
<b>Número 924.</b>		<b>Número 929.</b>		<b>Número 933.</b>	
Las fortificaciones de Paris (grabados). . . . .	209	El general Guilhem, muerto en Chevilly (grabado). . . . .	290	Chateaudun (grabado). . . . .	353
Revista española. . . . .	210	Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo. . . . .	id.	El trovador Folquet. . . . .	354
Teatro de la guerra (grabados). . . . .	212	La defensa de Paris (grabado). . . . .	292	El 31 de octubre á las nueve y media de la noche (grabado). . . . .	356
Revista de Paris. . . . .	214	Salida de M. Gambetta en el globo <i>Armand Barbés</i> (grabado). . . . .	293	Proclama del general Trochu. . . . .	id.
La revolucion del 4 de setiembre en Paris (grabados). . . . .	215	Revista de Paris. . . . .	294	El dia de Difuntos en el cementerio de Montrouge (grabado). . . . .	357
Escenas de la vida inglesa. . . . .	218	La muerte resucitada. . . . .	295	Revista de Paris. . . . .	358
La Guerra ilustrada (grabados). . . . .	219	Ascension de un globo-correo en Montmartre (grabado). . . . .	296	Los hijos de Carlomagno. . . . .	id.
El abastecimiento de Paris : Los bueyes y los carneros en el bosque de Boulogne (grabado). . . . .	220	Instalacion de los empleados del ferro-carril del Este en los wagoes (grabado). . . . .	id.	Los faros eléctricos de la defensa (grabados). . . . .	360
El sitio de Paris : (grabado). . . . .	221	Los <i>Enfants de Paris</i> organizados para el servicio de los despachos, las bombas y las barricadas (grabado). . . . .	297	Escenas de la vida inglesa. . . . .	362
De Villahermosa á la China. . . . .	222	La catástrofe de Grenelle (grabado). . . . .	298	Los alistamientos voluntarios (grabado). . . . .	363
Problemas de ajedrez (grabado). . . . .	223			Soldados, guardias movilizadas y nacionales (grabados). . . . .	365
El aspecto de Paris (grabados). . . . .	224			De Villahermosa á la China. . . . .	366
				El general de Maudhuy (grabado). . . . .	368
				Problemas de ajedrez (grabado). . . . .	id.
				Los despachos foto-microscópicos (grabado). . . . .	id.
<b>Número 925.</b>		<b>Número 934.</b>		<b>Número 934.</b>	
La Guerra ilustrada (grabados). . . . .	225	Fabricacion del carbon de leña (grabado). . . . .	370		
La literatura italiana. . . . .	226	Doña Sibila Forcia. . . . .	id.		
Efecto de un cañonazo (grabado). . . . .	229	Llegada á las avanzadas prusianas de los ingleses, americanos y suizos que salen de Paris (grabado). . . . .	372		
		Defensa de Paris : Obras de inundacion (grabado). . . . .	id.		



Revista de Paris . . . . .	Págs.	Los hijos de Carlomagno . . . . .	Págs.	ciaciones de armisticio . . . . .	Págs.
Poesía . . . . .	374	Sitio de Paris : El reducto prusiano de Brimborion	388	Tan solo un sueño . . . . .	402
Los hijos de Carlomagno . . . . .	375	(grabado) . . . . .	389	La guardia nacional de Paris delante del enemigo	403
La defensa de Paris : Los cañones (grabados) . . . . .	376	Revista de Paris . . . . .	390	(grabado) . . . . .	404
Escenas de la vida inglesa . . . . .	378	Tan solo un sueño . . . . .	391	El sargento Hoff . . . . .	405
Guardias movilizados recogiendo coles en las afueras		El general Vinoy (grabado) . . . . .	392	El puente de Joinville del Marne (grabado) . . . . .	id.
de Paris (grabado) . . . . .	380	El parque de artillería de la Escuela militar (grabado) .	id.	Revista de Paris . . . . .	406
De Villahermosa á la China . . . . .	id.	Las líneas prusianas de Montmorency á Maisons-Laf-		Poesía . . . . .	407
Guardias movilizados destruyendo un puente del Crould		fitte (grabado) . . . . .	393	Las batallas de Paris (grabados) . . . . .	408
(grabado) . . . . .	381	Escenas de la vida inglesa . . . . .	id.	Escenas de la vida inglesa . . . . .	410
Estado actual de la aldea de Bondy (grabados) . . . . .	384	Cuadros de la guerra : Aspecto del camino de Mouzon		Los campos de batalla al frente de Paris (grabados) .	411
		despues de la batalla (grabado) . . . . .	395	Joinville-le-Pont en la mañana del 2 de diciembre	
		Las bombas de fuerza centrífuga (grabados) . . . . .	id.	(grabado) . . . . .	413
		De Villahermosa á la China . . . . .	398	De Villahermosa á la China . . . . .	414
		Plano del bosque de Vincennes (grabado) . . . . .	399	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	415
				Defensa de Paris : Planicie de Champigny, 2 de di-	
				ciembre á las once de la noche (grabado) . . . . .	416
				Llegada á Paris de heridos trasportados por los [vapo-	
				res del Sena (grabado) . . . . .	id.

Número 935.

Número 936.



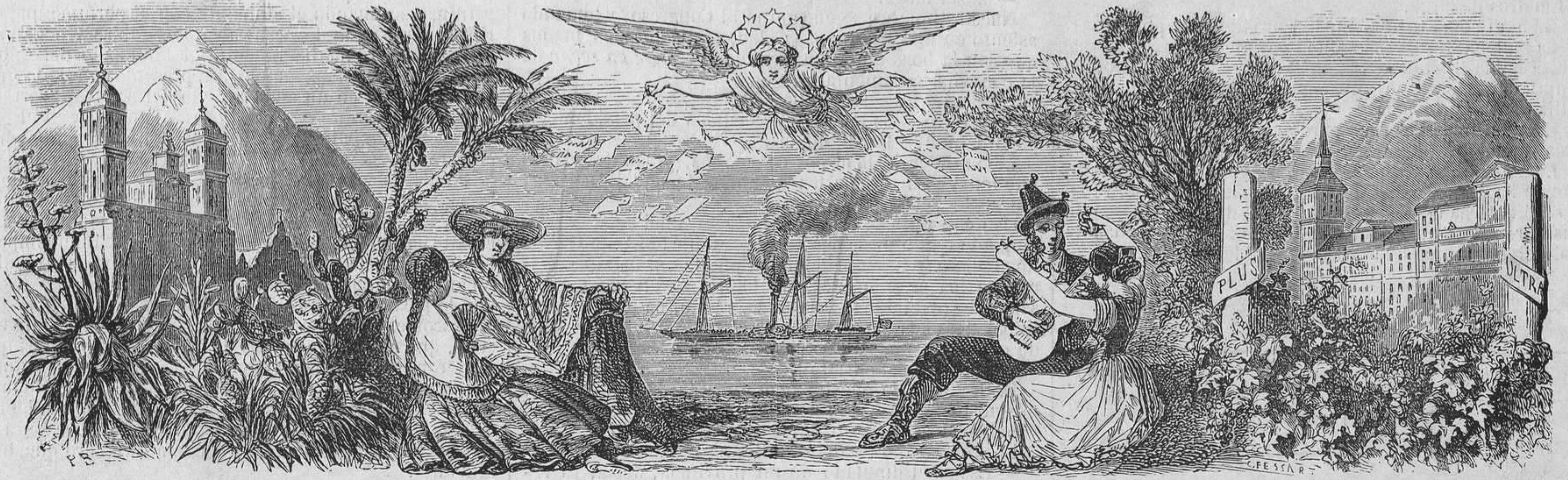






# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — Tomo XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 911.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

Captura de una ballena en Marsella; grabado. — Revista española. — Sucesos de la República Argentina: muerte del general Urquiza, gobernador de la provincia de Entre-

Ríos; grabado. — Portugal: Catedral de Batalha; grabado. — Revista de París. — El vals de media noche. — Exposición de 1870 en el palacio de la Industria; grabados. — El Caballero del Cisne. — Un cuento de Edgardo Poe. — El impuesto sobre la renta y sobre las bebidas, por Cham; gra-

bados. — Exposición internacional de Cassel; grabado. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — Problemas de ajedrez; grabado. — Monumento conmemorativo de la guerra del Paraguay; grabado.



MARSELLA. — Transporte de una ballena capturada en las aguas del castillo de If.



### Captura de una ballena en Marsella.

El jueves 26 de mayo se ha hecho una captura bastante rara en el Mediterráneo, en las cercanías del castillo de If: algunos aficionados, que seguramente no contaban con semejante pesca, cogieron una ballena de 43 metros de larga.

Hé aquí cómo tuvo efecto tan prodigiosa captura:

La ballena, atraída sin duda por alguna presa, ó que quizá había llegado detrás de algun buque, se introdujo imprudentemente en una ensenada, de donde no podía salir por falta de agua.

En vano luchaba el monstruo cuando le distinguieron tres pescadores, que no podían dar crédito á sus ojos.

La ballena fué trasportada á las Avenidas de Meilham, donde ha estado expuesta á la curiosidad pública, y luego fué entregada á los preparadores del Museo, que la disecaron para aumentar con esta nueva curiosidad la colección tan rica que posee el establecimiento.

P. P.

### Revista española.

Continuacion de una historia. — La farsa política. — Un elector á prueba de desengaños. — Una funcion patriótica ante la sociedad elegante de Madrid. — Una loa. — Noticias de diversiones. — Temores. — Las conferencias del señor Segovia en la Universidad.

Comencé á pintar en mi anterior revista un cuadro de costumbres políticas. Presenté en escena á un elector y á un diputado.

El cuadro era triste, pero exacto. Proseguiré mi interrumpida historia.

Y crean los lectores que al descubrir á sus ojos los misterios de la política, las interioridades de la cosa pública, les explico las causas de los efectos de que dan noticia los periódicos diarios.

Dejamos al lector provinciano entusiasmado con el representante de su provincia, y mas entusiasmado aun con la esperanza de asistir el dia siguiente á una escena animada en la Asamblea, y de ver y codearse despues con los mas importantes personajes.

Muy temprano se levantó, y lo primero que hizo fué escribir á su familia y á sus amigos el cariñoso recibimiento que su constituyente le habia dispensado, anunciando de paso la gran fortuna que le aguardaba aquella misma tarde.

Almorzó bifeac con patatas, y hasta hizo uso de la mostaza, porque un hombre que iba á hablar con los ministros necesitaba rendir culto á todos los perfiles de la elegancia.

Despues se encaminó á casa del diputado.

El criado abrió la puerta, le hizo una profunda reverencia y le condujo al comedor.

— Usted es como de casa, le dijo: el señor me ha encargado que ni siquiera le anuncie á usted.

— Bien, hombre, bien, contestó el elector, veo que te has humanizado, y al marcharme te daré una buena propina.

El diputado y su señora tomaban el café con algunos amigos.

— ¡Adelante! exclamaron al ver entrar al provinciano.

— ¿Estorbo?

— Usted llega siempre á tiempo; pero deje Vd. el sombrero y siéntese usted.

— Gracias.

— Con franqueza; y dirigiéndose á los circunstantes: aquí tienen Vds., añadió, al hombre á quien debo la honra de sentarme en el Congreso.

— La debe Vd. á su mérito.

— Y al apoyo de Vd. y de sus amigos; pero no hablemos de eso.

— ¿Se decide Vd. á ir á la sesion?

— Pues no faltaba mas, sino que me quedara sin realizar el principal objeto de mi viaje.

— Va Vd. á pasar buen rato.

— ¿Tiene Vd. algo gordo entre manos?

— ¡Vaya si tenemos!

— ¿Y quién hablará, quién hablará?

— En primer lugar, yo.

— Hombre, me alegro.

— Me aludieron ayer de una manera ofensiva, y necesito vindicarme.

— Hombre, me alegro, como hay Dios.

— ¿De qué me ofendieron?

— No, de que hable Vd.; con eso se quedarán tamañitos los que en el pueblo dicen que Vd. no despega los labios.

— Pues ya verá Vd., ya verá Vd. cómo me defiendo.

¿Usted querrá ir á una tribuna de orden?

— Sí, señor; yo con los pacíficos.

— Aquí tiene Vd. la papeleta.

— Habrá que ir tempranito á tomar vez.

— No, señor.

— Como he visto mucha gente esperando al pasar por allí...

— De todos modos, si quiere Vd. un asiento de delante, debe Vd. ir acercándose al Congreso.

— Voy, voy.

— Yo enviaré un portero para que le guie á Vd. al salon de conferencias.

— Hasta luego.

— Hasta luego.

Nuestro hombre se encaminó al Congreso, y tomando asiento en una tribuna de orden, se quedó poco menos que con la boca abierta al ver toda la *mise en scene* de la comedia parlamentaria.

No perdió un solo detalle.

Vió entrar á los maceros precedidos del presidente, y poco despues á los diputados.

Lleno de curiosidad por conocerlos, preguntaba á los que tenia al lado por los nombres de aquellos personajes.

Oyó con religioso silencio la lectura del acta, y percibiendo que uno de sus ad-láteres dijo: — Cómo se conoce que hoy hay escándalo en puerta: si fueran á discutirse los presupuestos, no habria ni un alma en el salon; — percibiendo esta frase, repito, se permitió calificar para sus adentros de irreverente á aquel filósofo de ocasion.

Los debates comenzaron.

El diputado de nuestro hombre pidió la palabra, y al mismo tiempo un vaso de agua con un azucarillo, tosió y comenzó su discurso.

El provinciano estaba orgulloso.

— Ese es el diputado de mi provincia, decia, ya verán Vds. qué pico de oro tiene.

El padre de la patria peroró largo rato encareciendo su patriotismo, su abnegacion, los grandes sacrificios que habia hecho por la libertad; y como le habian acusado de haber cambiado de opinion por obra y gracia de un empleo de 50,000 reales, manifestó que si lo habia aceptado, renunciando á la diputación; pero seguro de que sus electores, que le conocian, le confiarían de nuevo su representacion, lo habia hecho en aras de la conciliacion, para dar una prueba al pais de que tenia confianza en el gobierno, puesto que consentia en servirle de cerca.

— ¡Tiene razon!... ¡Tiene mucha razon! pensaba el provinciano.

Pero un orador de la oposicion se encargó de contestar á Su Señoría.

— ¡Cómo le puso! Sacóle á relucir todas las metamorfosis que se habian operado en su vida política, le recordó palabras que habia pronunciado recientemente contra el ministerio, y le dejó que no habia por dónde cogerle.

No era posible contestar á aquellos cargos, y el único camino era meterlo á barato ó insultar al adversario.

Así lo hizo el diputado, y su elector estaba con el alma en un hilo.

— Válgame Dios, se dijo. Esos hombres van á matarse en cuanto salgan á la calle... Voy, voy á intervenir. La pobre señora de mi diputado va á ponerse mala cuando sepa.

Y no pudiendo permanecer tranquilo, sin aguardar al portero, bajó á la sala de espera y rogó á un celador que pasara recado.

El celador volvió diciéndole que pasase, y le guió al salon de conferencias.

El elector estrechó con efusion la mano del diputado.

— Válgame Dios, qué mal rato me han dado ustedes.

— ¿Por qué?

— Créi que iban Vds. á matarse.

— No tal..

— Allí veo á su adversario de Vd., y viene hácia aquí... ¡Por Dios! no se acalore Vd., piense Vd. en la señora y en nosotros...

El elector se asombró al ver que los dos implacables enemigos fuera, se estrechaban la mano dentro, y decia el víctima:

— Amigo, qué paliza me ha dado usted.

— Qué remedio: estaban en la tribuna los individuos mas calientes del club.

— Ya he conocido...

— ¿Me guarda Vd. rencor?

— Para demostrarle que no, quiero que comamos juntos esta noche.

El asombro del elector creció de punto al ver que los altos personajes de opuestos bandos conversaban familiarmente, y estaban todos á partir un piñon.

Desengañado, salió del Congreso, y aquella misma noche se puso en camino para su pueblo.

Pero tranquilizese Vds.: votó de nuevo á su diputado, y seguirá votando, mientras esto no cambie, á todos los candidatos ministeriales; y todo porque al fin y al cabo es un hombre de orden.

Mudemos de decoracion.

Voy á dar cuenta á mis lectores de una funcion dramático-patriótica, celebrada en el teatro de la condesa de Montijo, ante la sociedad mas elegante de Madrid.

Un revistero ha hecho del público esta animada descripcion:

« Cuando á las diez y media se abrieron las doradas puertas, dice, ví dispersados los animados grupos que poblaban el salon de retratos, el encarnado y otros, y agolparse, mezcladas al dintel del templo del arte, aristocracias é ilustraciones, hermosuras y personajes, diademas y flores, guirnaldas y placas, seductores tántalos de ambiciosos y de enamorados.

Así ví penetrar en su recinto á las duquesas de Tetuan

y de Sexto, á las marquesas de Jura Real, de Folleville, Vallgornera, Torrecilla, Laguna, Sardeal, Tejada, Icaisi y Morante; á las condesas de San Luis, Ripalda, Torrejon, Dos de Mayo; á las señoras y señoritas de Quesada, Rábago, Ochoa, Trigona, Vargas, Huet, Rosuré, Carvajal, Risso, Monteagudo, Cabarrus, Figuera, Albear de Martino, Sikbes, Chacon, Polo, Huesca, Seoane, etc.

La brisa, penetrando por las entreabiertas persianas, jugaba en sus frescas ondulaciones con el suave rumor de los abanicos y esos coloquios esmaltados de risas argentinas, aromando el ambiente con el perfume que cariñoso arrebatava de ricas cabelleras rubias y negras.

Pero ya tiembla ligeramente el terciopelo del telon, y así descurre y da principio la representacion de la graciosa comedia en un acto, arreglo del señor Navarrete, titulada *Al año de estar casados*. Al aparecer en el palco escénico la bella duquesa de Hajar, la actriz mas hechicera que es posible imaginar, una salva de aplausos la saluda, la sala toda está pendiente de sus labios mientras declama, con su gracia inimitable y su insinuante decir, los chistosos versos de su papel, y muchas veces el entusiasmo es tanto, que se desborda é interrumpe á la ducaí artista, que tranquila se inclina sonriendo, mientras todo en su derredor palpita.

A la pieza sucede un entreacto animadísimo.

Descórrese nuevamente el telon, y en medio de la escena, que adorna un trofeo de armas y proyectiles que sirvieron en el Callao y domina la bandera española, aparece Matilde Diez, reclinada sobre un lecho de laureles, ostentando cerrada corona, y en su clámide los colores rojo y amarillo: es *España* que duerme. Las Glorias nacionales la rodean y cantan un coro que termina así:

Marchamos contigo,  
Despierta, despierta,  
Que está el enemigo  
Llamando á tu puerta.

Se trata en la loa que se representó, y de que voy á dar cuenta á mis lectores, de la apoteosis del inolvidable marino Mendez Nuñez, y como estoy seguro de que aun los enemigos con quienes luchó hacen justicia á sus grandes cualidades, y comprenden el entusiasmo con que España conserva la memoria del ilustre marino, voy á hacer una reseña de la accion desarrollada en el propósito dramático de que me ocupo, reproduciendo algunos de los versos que esmaltan la composicion.

*España* despierta al rumor de las Glorias nacionales, se levanta, mira al coro, y leyendo los nombres escritos en las doradas diademas de cada una de las glorias, dice:

¡Sagunto! ¡Numancia! ¡Lepanto! ¡Pavía!  
¡Otumba! ¡Las Navas! ¡Tarifa! ¡Bailen!  
¿Qué nombres son estos? Sueño todavía...  
Los ojos del alma tan solo los ven.

Evoca despues las sombras de Pelayo, de don Juan de Austria, de Pizarro y Hernan Cortés, y termina diciendo con el mayor desaliento:

Fantasmas gloriosos, volved á la tumba,  
Ya de mis victorias se oscurece el sol.  
Hoy están marchitos los laures de Otumba,  
Mis nietos desprecian el nombre español.

Acto continuo se presenta en escena el *Heroísmo*, y anima á la Patria pronunciando estos versos:

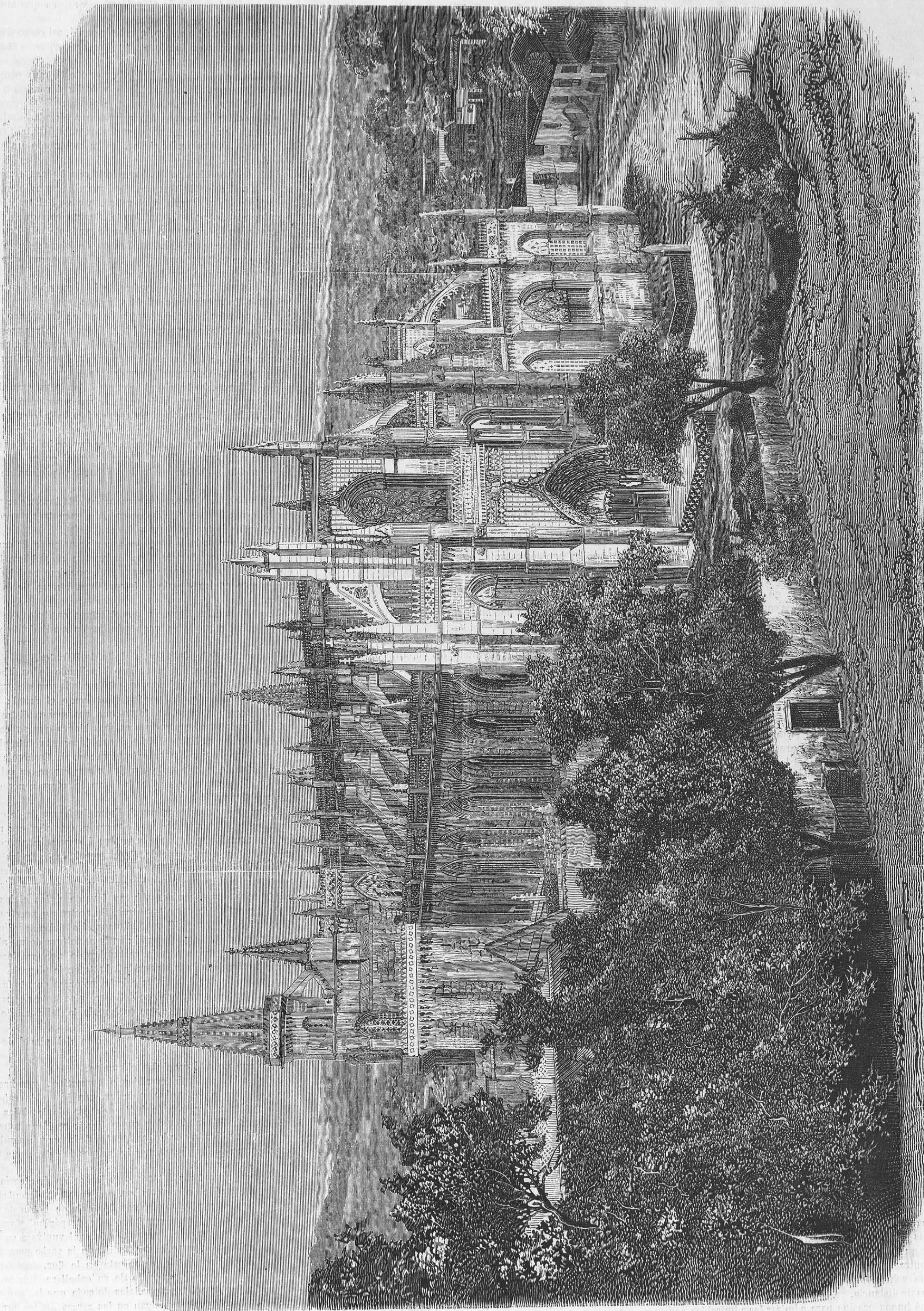
Alza del suelo la abatida frente,  
Da treguas al coraje  
Que domina tu espíritu valiente,  
Seca en tus ojos el amargo llanto  
Que siempre despertó con el ultraje  
El pueblo que cobijas con tu manto.

Pero á los impulsos del *Heroísmo* opone sus reflexiones la *Prudencia*, mostrando á España sus débiles fuerzas, y oyéndole decir que cuenta con el heroísmo, añade:

El cálculo y la experiencia  
Vencen á la bizzarria,  
Y mas que el valor hoy dia  
Gana batallas la ciencia.  
Ella la electricidad  
Como el vapor avasalla:  
Era un duelo una batalla  
Hoy es una tempestad.

A poco vuelve el *Heroísmo* con la *Victoria* y hace





PORTUGAL. — La catedral de Batalha.



## Revista de Paris.

Los parisienses han tenido el domingo una jornada gloriosa. Era la gran función de las carreras del año: se disputaba el premio de los cien mil francos, llamado de la Villa de París, y sabido es que para esta ocasión solemne los ingleses despachan á Francia sus mas briosos alazanes con sus jockeys mas determinados. Es un puntillo de honra nacional que lisonjea sobremanera á los vencedores. Durante largo tiempo se hacen los preparativos de la batalla, y lo mismo en París que en Londres, se pesan cuidadosamente las probabilidades, como que es cuestion no solo de honra, segun hemos dicho, sino de provecho, de mucho provecho. Esta vez, á decir verdad, no ha habido sorpresa. Al menos en París, casi habia unanimidad respecto del caballo vencedor, y no han salido fallidas las esperanzas.

Pero hé aquí el gran dia de la lucha. Los ingleses rivales se encuentran ya en París haciendo apuestas, y se confunden en esa inmensa multitud que desde por la mañana se dirige en compactas é interminables columnas al campo de las carreras del bosque de Boulogne. El cuadro es siempre el mismo, y por eso renunciaremos á describirle. Sin embargo, haremos una observacion: cada año esta fiesta se populariza mas y mas, lo que se explica seguramente no tanto por la afición á este espectáculo de importacion británica, como porque estas grandes carreras ofrecen una ocasion de probar fortuna al alcance de los bolsillos mas democráticos. Con efecto, las agencias de apuestas que incesantemente se multiplican en París, y que el dia de la fiesta hipica se trasladan á los hipódromos, ejercen en el público una tentacion permanente: ¿cómo resistir al deseo de jugar á esta loteria de nueva clase?

Formadas en círculo estas agencias en medio del campo, los despachantes llaman á gritos á los aficionados que se apiñan en su derredor con la misma ansiedad del jugador que apunta á una carta.

Por lo demás, la division de las clases es muy marcada. En lo que llaman el recinto del peso, está la flor y la nata de los aficionados; delante de las tribunas, la elegancia parisiense con sus trajes de gala: en las gradas, una muchedumbre que se disputa las sillas con encarnizamiento imponderable, y por último, en el campo el público aglomerado á las barreras para ver de cerca la función, y detrás de la formación en masa de los coches, que se convierten en otros tantos observatorios en cuanto se da la señal de las carreras, enormes oleadas de cabezas que contemplan las ostentosas vestiduras de las reinas de la moda, mientras echan á correr los caballos.

Por fin se oye la señal, y el público deja libre la pista: va á comenzar la batalla. Los primeros premios son insignificantes, y la gente, lejos de prestar atención, desea que se ganen cuanto antes, para que le llegue el turno á la carrera principal del programa. Llega pues el momento deseado. Sus Majestades Imperiales hacen su aparición en el pabellon imperial, al que acuden sucesivamente ministros, senadores y diputados. En la muchedumbre se produce un movimiento inusitado: sin la energía de los agentes encargados de mantener el orden, sería de temer una invasion devastadora.

Cuando se presenta *Sornette*, que concentra en sí todas las esperanzas, el público en masa la hace una ovación, y de antemano celebran su triunfo. 217 caballos habian sido inscritos para esta carrera; mas solo 16 figuraban en el programa, y de estos corrieron 12, que llegaron al poste de partida en el orden siguiente:

*Nobleman, Cornelius, Isocrate, Prince-of-Wales, Coutts, Bigarreau, Sornette, Valois, Don Carlos, Recorder, Satantoe y Minotaure.*

Principió pues la famosa carrera, y á 600 metros del fin, todos los rivales se habian quedado detrás de *Sornette*, que ganó con una facilidad extraordinaria.

Entonces estallaron los gritos frenéticos de ¡Viva *Sornette!* ¡Viva Francia! proferidos por miles de voces: era una aclamacion inspirada por un entusiasmo indescriptible. ¡Los ingleses estaban derrotados! Esta idea hacia vibrar la fibra del patriotismo hasta un punto imponderable.

Vamos á las ganancias: la caballeriza de Fridolin, á la que pertenece *Sornette*, ha ganado como 240,000 francos. En cuanto al jockey que montaba *Sornette*, se lleva 25,000 francos de gratificación, y unos 50,000 que le han producido las apuestas.

Si todas las tardes la vuelta de los coches del bosque de Boulogne ofrece un animado y hermoso espectáculo, ¿qué sería pues en la del domingo, cuando puede decirse que casi todos los carruajes de París se hallaban en las carreras? Era una aglomeracion que avanzaba en masa y á paso de tortuga. Las personas que se amedrentaron ante las dos ó tres horas que quizás duró la caminata, dieron un gran rodeo para entrar en París, en tanto que aquella inmensa confusion de vehículos obstruia todo el camino en algunos kilómetros de distancia.

¡Qué buena ocasion para admirar las admirables construc-

ciones que se han elevado como por encanto en todas esas vias, de los Campos Eliseos al bosque de Boulogne! Viendo esa sucesion de ostentosos palacios, se diria que es un barrio, mejor dicho, una ciudad habitada solo por príncipes; y en efecto, príncipes son los que le habitan, si no por su nacimiento, por su industria ó por su suerte y habilidad en los negocios. Antiguamente el comerciante aspiraba con toda humildad á retirarse á una casita de campo en las cercanías de París: hoy se tienen otras ambiciones, se quiere primero un hotel dentro de la capital, la casa campestre es insignificante. Y con efecto, ¿por qué un Marquis, el célebre chocolatero de la aristocracia, un Guerlain, inventor de tantos y tan selectos perfumes, y todos cuantos industriales se hallan á su altura, no han de ostentar en París el lujo correspondiente á su fama? Así sucede que muchas de esas construcciones de apariencia régia pertenecen pues á la industria y al comercio: es un barrio de San German de la industria moderna, que seguramente debe dar envidia al clásico y vetusto arrabal sumergido siempre en la sombra y en el silencio.

A todo esto los parisienses se encuentran este año con una novedad que les es desconocida: un verano sin lluvia.

Los cronistas que han recogido antiguas noticias sobre el asunto, no hallan una temporada como la actual en una larga sucesion de años.

Parece ser que desde el principio del siglo actual (1803), en cuyo estío no cayó una gota de agua durante 95 dias, no se ha visto otro como el presente, pues si bien ha habido calores muy fuertes, les acompañaban algunas tormentas que refrescaban de tiempo en tiempo la atmósfera.

Ahora nada de eso: con decir á nuestros lectores que nadie sale á la calle con paraguas, habremos demostrado hasta qué punto ha olvidado el parisiense aquella observacion humorística de Arsene Houssaye, en que dice que París tiene un clima que le da lluvia siete dias por semana.

Sea como quiera, lo cierto es que se habla mucho mas que de costumbre acerca de las cosechas, pues París no piensa jamás en lo que pasa fuera de sus muros.

Y la conversacion es muy natural, porque la incesante subida del precio del pan la trae continuamente sobre el tapete.

En suma, hemos llegado á un caso en que se estudian las nubecillas que por casualidad aparecen en el horizonte, con una ansiedad verdaderamente cómica.

¿Qué mas diremos? La Bolsa baja porque no llueve, pues parece cosa de rigor que con el aumento en el precio del costal de harina, ha de coincidir la depreciacion de los valores mobiliarios.

Otro mal se achaca tambien á la falta de agua.

Dícese que la sequía mantiene las enfermedades epidémicas que hemos tenido durante el invierno, y que continúan haciendo por semana las mismas víctimas, con poca diferencia.

En fin, no hay calamidad que en el dia no se atribuya á los calores muy naturales, á nuestro juicio, en esta época del año.

Lo que es verdad es que los parisienses se hallan tan familiarizados con la lluvia, que no se explican cómo pueda pasar un mes sin que tengan necesidad de usar el paraguas.

Se ha anunciado estos dias una venta de muebles que debe llamar la atención de los hombres aficionados á poseer recuerdos de las grandes notabilidades.

Son los muebles que Lamartine poseia en su palacio de Monceaux, que ha sido subastado ya á instancia de los acreedores del ilustre poeta, los cuales continúan su obra de realizacion poniendo ahora en almoneda el mueblaje.

Lamartine no pudo lograr nunca lo que siempre buscó con tanto empeño, á saber: no pudo pagar las deudas que casi desde el principio de su vida le agobiaron.

Su preocupacion constante fué la de ganar lo suficiente para desinteresarse á sus acreedores; pero aunque ganó mucho, bajó al sepulcro dejando deudas que no cubrirá el valor de la sucesion.

Que tal fué su cuidado se echa de ver con solo recorrer su correspondencia.

El periódico la *Petite Presse* habla de un catálogo de autógrafos procedente de la coleccion de M. A. Lemonnier, entre cuyas piezas mas curiosas figuran 73 cartas de Lamartine dirigidas á su amigo de infancia M. Próspero Guichard de Bienassis.

Ahora bien, en estas cartas aparece desde la juventud aquella preocupacion que ha hecho amarga su existencia.

A los diez y ocho años Lamartine deseaba ya adquirir « gloria y dinero. »

Sin embargo, dice que no es aficionado al dinero por el dinero, sino por gastarle noblemente.

En 1839, el 3 de octubre, escribia de su posesion de Monceaux: « Aun estoy aquí, y quizá estaré largo tiempo, estaré siempre, pues he sufrido tan grandes reveses de fortuna que vacilo entre retirarme ó no de la vida pública. En la actualidad me sería imposible de todo punto pasar tres meses en París. Trato de arreglar todo esto; pero si no lo consigo acabaré por retirarme. »

El 21 de noviembre de 1843 decia desde Macon á su amigo: « Ya sabes que tengo muchas deudas y muchas cargas encima; y son tales, que con desesperacion me resuelvo á presentar mi dimision de diputado si no puedo salir adelante

durante cinco años, hasta la muerte de mi tia, que tiene ochenta y nueve años, y de quien soy heredero. No quiero vender mi independencia al gobierno, y así es que me retiro. »

Podía dinero á su amigo, que se lo envió, así como á otros varios, que hicieron lo mismo, por lo cual escribe: « El alma no ha muerto en Francia. »

El 24 de noviembre de 1844 dice que está muy ocupado en Monceaux escribiendo la *Historia de los Girondinos*, que debía publicar dentro de tres años, y añade:

« He concluido un gran negocio con una sociedad de librería, negocio que me dejará en seis años unos 700,000 francos. Así se aliviarán mis cargas, ya va mejorando un poco mi situacion... »

El 4 de diciembre de 1845 continúa con buenas esperanzas. « Mis asuntos de fortuna, dice, marchan muy bien. Me sostengo en la economía y el retiro, y vivo del trabajo de mi pluma y del sudor de mi frente. Cuento con que dentro de tres años habré pagado una buena parte de mis deudas. He vendido ya por 300,000 francos de obras; tengo que vender otro tanto y dentro de diez años empezaré otra vez para mí ó para mis herederos. »

Por último, el 28 de setiembre de 1847 escribe á su amigo desde Monceaux las siguientes líneas:

« Mis asuntos pecuniarios están en auge; he pagado este año 400,000 francos y pagaré 100,000 dentro de tres meses. »

Y así podriamos citar extractos de la correspondencia de toda su vida, donde descuella siempre la idea dominante: la de realizar fondos para pagar deudas.

Sin embargo, ha bajado al sepulcro dejando un gran déficit que no han cubierto ni la venta de sus posesiones de familia, ni la de los manuscritos que se han hallado entre sus papeles.

La primera de estas obras póstumas que se ha dado á la estampa es la que publica el *Constitutionnel* en su folletín, y que se titula *el Manuscrito de mi madre*, páginas de familia.

Pocos dias hace que se ha comenzado esta insercion; pero ya en lo que hemos leído hemos podido encontrar y reconocer al autor de tantas obras poéticas.

En la advertencia se dice que una circunstancia de carácter doméstico que le parece inútil exponer al público, hace que se imprima semejante manuscrito, que siempre debió ser manuscrito y formar parte de los archivos íntimos de la familia.

M. de Lamartine traza en sus primeros capítulos escenas de su infancia que son obras acabadas de sentimiento y de poesía.

Estamos en Saint-Point y es el dia de Difuntos.

« Sobre las raíces del mas añoso é inclinado de los árboles que forman la orilla del bosque, está sentada una señora de avanzada edad, plegada por los años como el árbol: con un pié mece una cuna, en tanto que sus manos distraidas están hilando una lana que no es mas blanca que su cabello. De tiempo en tiempo dirige á una jóven sirvienta algunas palabras en una lengua extranjera: en su fisonomía rebose la paz de una jornada concluida que espera su salario en el cielo y que renace sobre la tierra en otras generaciones que tiene á la vista. »

« Otra mujer que todavía se halla en la fuerza de la edad tiene en la mano un libro medio cerrado, que abre por momentos para leer un pasaje y vuelve á cerrar luego como para meditar lo que ha leído. En el recogimiento de las facciones se observa que habla aquel libro de las cosas eternas; la piadosa meditacion baja de tiempo en tiempo sus párpados largos y transparentes, y luego levanta á los cielos el globo pensativo de sus ojos negros. Su rostro un poco ascético, está pálido, y en él se distinguen las delicadas líneas de una exquisita bondad moral: es la envoltura de un alma mas que un cuerpo; pero la costumbre de una graciosa y tierna sonrisa templó su austeridad, hasta en la plegaria. Sus miradas, radiantes de una luz celeste, recorren cuanto la rodea, y cuando llegan á mí, se detienen y se enternecen; se conoce que es una madre que contempla la felicidad de un hijo. »

¿Puede darse una pintura mas digna del pincel de un grande artista?

Pero aun no está concluido el cuadro.

« Mas allá, continúa escribiendo Lamartine, y sobre la yerba manchada de sombra y de luz, una jóven de cabello rubio y ojos azules, con la bella estatura de las hijas del Océano, está dibujando sobre sus rodillas: copia un aspecto de paisaje vivificado por los accidentes de la luz y la sombra, por el humo de las chozas, por los grupos de cabras que trepan en los peñascos. »

« A cada instante la interrumpen los gritos de alegría de una hermosa niña de cuatro años, que se extasia descubriendo y cogiendo para su madre una florecilla de boton de oro entre la yerba, y viene á arrojarla sobre la página, y recibe un beso en recompensa, despues de lo cual vuelve á su cosecha corriendo, y cuando se arrodilla en la yerba para apoderarse de un insecto alado que está en la flor, desaparece enteramente bajo el denso velo de su cabellera dorada por la luz. Parece una de esas madejas de seda que las mujeres que lavan los capullos cuelgan en las zarzas de los prados para que se sequen, »



» Por último, en la penumbra del fondo mas oscuro de la orilla del bosque, un joven contempla de lejos aquella escena doméstica en medio del campo, andando á paso desigual de una encina á otra sobre el musgo que apaga el ruido de sus pisadas; en la mano lleva un libro cuyas páginas están blancas aun, y de tiempo en tiempo se detiene para trazar en ellas algunas líneas.»

M. de Lamartine pone á continuación los versos que escribió aquel día, y que se titulan: «Pensamientos de los muertos.» Es una composición melancólica sobre lo fugitivo de los goces de la vida, sobre la fragilidad de la naturaleza humana.

Después añade: «No recelaba yo que tan pronto estos versos se convertirían en lágrimas.»

En los folletines publicados, M. de Lamartine hace la historia de su familia, hasta el momento en que su madre principia su diario, el 11 de junio de 1801.

No hay duda que esta obra póstuma del ilustre poeta contendrá revelaciones interesantes.

Nada tenemos que decir de los teatros parisienses. Sí; diremos que en este mes de junio se han cerrado doce, y que lo extraño es que no se cierren todos, pues aquellos que permanecen abiertos no tienen motivo para felicitarse de sus ganancias.

MARIANO URRABIETA.

**El vals de media noche.**

**I.**

En la noche de San Silvestre habia baile en la corte. Acababa de entrar la gran duquesa en la galería en que se hallaba la música del regimiento *Krahwinkel*, seguida de la señorita Wolkenstein, su camarera mayor, cuya aparición causó una sensación mas profunda que la de la misma gran duquesa, y cuyo tránsito por los salones excitó observaciones mas ó menos benévolas.

— No concibo cómo haya persona que se atreva á venir al baile con un vestido sencillo de muselina, sin adornos en la cabeza, sin encajes ni pedrerías, exclamó madama de Rothenwald.

— No sucedia esto en mi tiempo, dijo, tomando un polvo de tabaco, la anciana condesa de Nollingen, ex-gran maestra de ceremonias de la corte. Ni semejante cosa hubiera sucedido entonces, ni la difunta gran duquesa lo habria permitido. Pero en mi tiempo estaba la corte de otra manera, y hubiéramos enseñado muy pronto sus deberes á una fátua como esa Ottilia de Wolkenstein.

— Tia, tia, interrumpió la joven Estefanía, ¿habeis visto el ramillete que tiene Ottilia en la mano? está formado de magníficas rosas de Alejandría.

— ¿Qué estás diciendo, muchacha, replicó madama de Nollingen, rosas de Alejandría por san Silvestre! ¿Estás loca? No se hallarian en este tiempo ni aun en los invernaderos del gran duque.

— Y sin embargo, dice bien Estefanía, replicó madama de Rothenwald; yo mismo he visto el ramillete de Ottilia, y desearia saber quién se lo ha dado.

— Habrá sido el príncipe, dijo la ex-gran maestra con un gesto de impaciencia.

— ¡Oh! no ha sido él, tia; y si Ottilia no tiene cuidado, se le escapará el príncipe, que está ya medio enamorado de la bella lady Emily.

— ¿De esa inglesa cuyos largos cabellos caen hasta su cintura? preguntó madama de Rothenwald.

— De la misma: ella le habla de perros y de caballos, y podria muy bien suceder que encontrase Ottilia en ella una peligrosa rival. Pero volviendo al ramillete, me parece que he adivinado el misterio. El domingo estábamos en el palacio de la gran duquesa, y dijo Ottilia delante del mayor d'Ebersdorf, que daria cuanto se le pidiese por un ramillete de rosas de Alejandría para el baile de esta noche. Ya sabeis que hay en Dilsheim un americano viejo inmensamente rico, y que emplea todo su caudal en cultivar las flores, de modo que en su casa se hallan las mas raras, lo mismo en el mes de enero que en el de junio.

— ¿Y qué prueba todo eso? interrumpió madama de Nollingen.

— Esperad un poco, tia: el señor d'Ebersdorf salió de F... ayer por la noche, y regresó esta mañana justamente al tiempo en que entraba de servicio en palacio.

— ¿Y creéis, dijo madama de Rothenwald, que Federico haya estado caminando toda la noche para ir á Dilsheim por rosas para la Wolkenstein? Era preciso que estuviera enamorado de ella.

Estefanía se echó á reír.

— ¡Cómo estais, mi querida madama de Rothenwald, que no habeis observado que hace cuatro semanas que no baila el cotillon sino con ella! ¿No sabeis que está locamente enamorado de Ottilia?

— Sobrinita, dijo madama de Nollingen, harias muy bien en no ocuparte de los negocios ajenos: eres muy curiosa y parlanchina, y estos son dos defectos á cual mas intolerables.

— Mi tia no me regaña jamás hasta que me ha hecho decir todo lo que sé, murmuró Estefanía.

— Si Ebersdorf ama á Ottilia, prosiguió madama de

Rothenwald, esto podrá explicar por qué se ha opuesto, á pesar de las instancias de la corte, á dar la mano á Enriqueta de Frankenthal. Antes de ayer el gran duque, que tiene empeño en este matrimonio, dijo al conde que le daria la placa del Pelicano el dia en que fuese esposo de Enriqueta.

— ¿Y rehusó? preguntó madama de Nollingen.

— Pidió cuatro dias para reflexionar.

— ¡Cuatro dias para reflexionar cuando se trata de la placa del Pelicano! ¡reflexionar sobre semejante favor, y no tiene veinte y cinco años! ¡Señor, Señor! cuando pienso en que mi hermano no alcanzó la cruz pequeña sino cuando tuvo treinta y nueve, y la placa á los cincuenta y seis, y que mi difunto esposo no recibió el gran cordón sino diez dias antes de su muerte, á los setenta y cinco años; y eso despues de haber sido copero mayor, y gran chambelan, é intendente del teatro de la corte. ¡Ah, señora! ¡y cómo han cambiado los tiempos!

Y la anciana condesa se levantó y fué á desahogar su indignación en una de las salas de juego.

Madama de Rothenwald se asió del brazo de Estefanía, y fueron á ver una contradanza.

— Es extraño, Estefanía; mira á Ottilia bailando con el gran escudero, y á Ebersdorf con Enriqueta á su frente.

— Eso consiste en que S. A. R. ha mandado al mayor que baile la primera francesa con Enriqueta. Pero ¿habeis observado á Ottilia en cuanto ha visto su *vis-á-vis*? Estoy convencida de que está furiosa, y que le costará caro á Federico el haber bailado con la Frankenthal, porque la detesta.

— ¿Creéis que ella ame al conde?

— ¿Quién, la fria y orgullosa Ottilia? Es incapaz de amar, y aun cuando amase, moriria mil veces antes de manifestarlo. Sin embargo, creo que ella querria dominar á M. d'Ebersdorf como domina á todos los hombres que la rodea.

— En este caso, no creo que lo consiga, porque Ebersdorf tiene un carácter tan indomable como el suyo. El amor entre ellos dos seria un duelo á muerte, pues ambos son á cual mas orgullosos.

Ottilia de Wolkenstein, objeto de esta conversacion, parecia creada para realizar el tipo ideal de la dignidad femenina, porque, en efecto, no se podria hallar una forma de cabeza mas clásica, ni facciones mas puras y perfectas. Sus magníficos cabellos, de un rubio oscuro, se separaban sobre una frente imperial; su mirada orgullosa, y el desden habitual de su boca, parecian decir que no existian en la superficie de la tierra nada que fuera digno de ella. Educada en la corte y á la vista de la gran duquesa, que le manifestaba un afecto casi materno, fué muy pronto Ottilia el objeto de los homenajes del pequeño círculo que la rodeaba. Su extremada belleza, unida á su posición, encadenó á sus piés á todos los hombres del gran ducado, empezando por el príncipe hereditario. Los triunfos que alcanzaba, y la adoración y la envidia que le seguia adonde quiera que fuese, ahogaron muy pronto en ella el germen de sensibilidad y de amor que toda mujer tiene en su corazón, y aumentaron hasta al exceso la sed de dominio que todas sienten. Para Ottilia, vivir era reinar, pero reinar sobre todo el mundo á la vez.

Demasiado fria para apreciar en su verdadero valor el sentimiento que otro experimentase por ella, no exigia tanto un amor exaltado y profundo, cuanto la mas completa abnegación de la voluntad, y una obediencia ciega á los caprichos de su amor propio. A pesar del desden que oponia á todas las solicitudes, y tal vez á causa de este desden, se vió rodeada de aspirantes desesperados y locamente enamorados; no se le acercaba un hombre sin que perdiese la cabeza, y ninguno de ellos podia explicar la causa del raro prestigio de aquella joven orgullosa. Los unos la atribuian á una influencia magnética, los otros á su aire de calma y de serenidad real que seducia y atraia como el aspecto de un hermoso lago trasparente en el que se refleja un cielo sin nubes. Otros pensaban hallar el secreto de su seducción en el sonido de su voz argentina y deliciosa á que nada resistia. Mas aun, cuando no podian adivinar la causa de su poder, no por eso dejaban de sentir los efectos, y todos continuaban adorándola sin esperanza. Concluida la francesa, procuró conducir el gran escudero á Ottilia á su asiento, pero la multitud les impedia avanzar muchas veces.

En una de estas paradas forzosas se encontraron detrás de lady Emily y de su madre.

— No te comprendo, Emily, decia esta última; ¿por qué has rehusado el cotillon á M. de Thalheim?

— Porque casi estoy segura de bailar con el príncipe.

— Con el príncipe, ¿cómo, te ha dicho ya algo?

— No; pero no hace mucho que me preguntó si habia visto las caballerizas del gran duque, en seguida, si me gustaba bailar el cotillon, y al oír mi respuesta afirmativa, dijo: *á mí tambien*. Esto es lo mismo que si ya me hubiera sacado.

La mamá meneó la cabeza con aire de incredulidad. Ottilia que habia oido este diálogo, gracias á sus conocimientos en el idioma inglés, se propuso trastornar los planes y burlar la esperanza de lady Emily.

— ¿Quién es el feliz mortal con quien vas á bailar el vals de la media noche (4)? preguntó la gran duquesa

(1) El vals de la media noche de San Silvestre es muy deseado por todos los bailarines, porque al sonar la primera campanada del reloj que toca la última hora del año, se tiene el privilegio de dar un beso á su pareja

sonriéndose á su bella favorita, en el momento en que se oyeron á las once y media los primeros compases de la *Gabriela*, la perla de los vals de Strauss.

Apenas tuvo tiempo Ottilia de nombrar á M. d'Ebersdorf, cuando este venia ya á reclamar su pareja.

Es imposible concebir el efecto de estos vals deliciosos, á menos de haber pasado algun tiempo en Alemania: vals á veces locos y alegres, á veces melancólicos; ya tiernos y ya guerreros, entusiasmando y enterneciendo á manera de una inspiración á los mismos que los bailan, porque en un baile alemán la música y la danza no son cosas separadas, sino partes del todo, de suerte que tan necesarios son para un vals de Strauss el ruido de las espuelas, el roce de las sedas y el sonido de los piés, como los instrumentos de la orquesta.

Al punto de media noche el vals se interrumpe, la orquesta saluda con alegres armonías la llegada del nuevo año, todos se abrazan, se besan, todos se felicitan, todos gozan. En medio de este júbilo universal, Federico quiso tambien disfrutar el dulce privilegio que le daba este instante tan deseado; pero al inclinarse para estampar sus labios sobre la frente de Ottilia, esta hizo un movimiento hácia atrás, y encendida de cólera, bañó con una mirada de reina ofendida á M. Ebersdorf, que todo cortado y esforzándose por sonreír, tartamudeó:

— Yo creia que esto me era debido siquiera por mis rosas.

(Se continuará.)

**Exposicion de 1870**

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

El Niño, cuadro por M. Chaplin.

M. Chaplin se ha inspirado, para hacer el cuadro que reproducimos, en unos versos de Victor Hugo en que se pinta el sueño de la infancia:

Tu joven alma ignora  
A dónde van sus dias...

Sin embargo, aunque M. Chaplin haya elegido estos hermosos versos de Victor Hugo como programa de su cuadro, las dos obras no tienen entre sí nada comun, sino es el título; la una puede haber servido de pretexto á la otra, pero cada una de ellas está concebida con diferente espíritu. En vano se buscaria en el cuadro de M. Chaplin el desarrollo de la idea melancólica que expresa el poeta. La joven que contempla al niño dormido es mas bien la hermana mayor que la madre, á juzgar por los caracteres exteriores, la gracia infantil de las facciones y de las formas. ¿Cómo habria podido cruzar un pensamiento triste por esa cabeza de diez y seis años? La vida para ella está aun en su aurora, y el porvenir se le aparece con los mas risueños colores. Contempla extasiada á la criatura que seguramente no la inspira otro sentimiento que un ardiente deseo de cubrirla de besos.

No criticamos á M. Chaplin que no haya ennegrecido su obra, porque es cosa que no está en su naturaleza; pero ¿para qué cubrir con guirnalda de rosas la melancolía del poeta? M. Chaplin no pinta enigmas, y el título bastaba para dar una idea que puede prescindir de todo comentario. La ejecución es, como siempre en las obras de este artista, muy esmerada, quizás demasiado; solo la línea subsiste, envolviendo en sus elegantes curvas las formas cuyo modelado apenas se indica, pintura mas seductora que verídica al servicio de lo que mas cautiva en el mundo, la belleza y la juventud, regalo de los ojos, y el corazón preparado por manos entendidas. M. Chaplin conoce perfectamente estas condiciones del buen éxito.

A la orilla del Sena, cuadro por M. T. Heilbuth.

La escena pasa cerca de Paris, en esas preciosas márgenes del Sena que han dado y darán todavía tantos asuntos para bonitos cuadros.

Unos barqueros de gran tono (los hay de toda clase) se hallan agrupados en una especie de puente embarcadero, y están esperando á que el sol haya bajado un poco detrás de los árboles, para dar un paseo por las tranquilas aguas del rio.

Los hombres han adoptado francamente el traje ligero que conviene al rudo ejercicio á que se disponen, en tanto que las señoras lucen bonitos trajes.

La composición está bien entendida: hay interés en los diversos grupos que la forman.

El paisaje fresco y trasparente se refleja en las aguas cristalinas cuya superficie no riza el menor soplo de viento. El cielo está de un azul claro ligeramente surcado por nubes blanquecinas, en las cuales quizás el ojo ejercitado de un marino podria leer las señales precursoras de una tormenta; pero no por esto concebiria inquietudes, la orilla está muy cerca, y por lo demás los pasajeros son animosos, y contestarian con careajadas al furor de los elementos.

Tal es el bonito cuadro que reproducimos, pintado con la fácil elegancia y la ligereza de mano que distinguen á M. Heilbuth. El grupo de árboles de la izquierda acusa el estilo de Corot, trabajo vaporoso y sobrio que produce el mejor efecto.

A. DE L.



EXPOSICION DE 1870



El Niño, cuadro por M. Chaplin





EXPOSICION DE 1870. — *A la orilla del Sena*, cuadro por M. T. Heilbuth.

AGENCE PARISIENNE



## El Caballero del Cisne.

(LEYENDA.)

(Conclusion. — Véase el número 910.)

Tan breve había sido el combate, y tal el asombro que subsiguiera, que los hombres de armas de Gerardo ni siquiera habían pensado en cerrar las puertas del castillo al ver caer á su señor. Así pues el caballero entró sin resistencia en el primer patio, echó pié á tierra, ató su caballo á un poste y se adelantó hácia la escalera: en el momento en que él ponía el pié en el primer escalon, apareció Beatriz en el último, ansiosa de conocer á su libertador.

— Este castillo es vuestro, caballero, le dijo, porque acabais de conquistarle: podeis considerarle como vuestro, y cuanto mas le habiteis, mayor será mi reconocimiento.

— Señora, contestó el caballero, no es á mí á quien debéis dar las gracias, sino á Dios, porque él es quien me envía en vuestro auxilio. En cuanto á este castillo, diez siglos ha sido morada de vuestros padres, y deseare que lo sea otros diez de vuestros descendientes.

Beatriz se ruborizó porque era el último vástago de su familia. Aceptó, en fin, la hospitalidad el caballero: era joven y gallardo, Beatriz sola y dueña de su corazón. A los tres meses conocieron los jóvenes que se profesaban algo mas que amistad: el caballero le habló de amor, y Beatriz le ofreció su mano y la posesion de su rico principado, defendido por él de un modo tan milagroso. El caballero cayó de rodillas á los piés de Beatriz, y la doncella quiso levantarle.

— Perdonad, señora, dijo él, necesito toda vuestra indulgencia, y no me levantaré hasta que la obtenga.

— Hablad, contestó Beatriz: ya os escucho, y estoy dispuesta á obedeceros de antemano, como si fuérais ya mi dueño y señor.

— ¡Ah! repuso el caballero, sin duda os parecerá cosa singular que, ofreciéndome vos tanta ventura, no pueda yo aceptarla sino con una condicion.

— Concedida, contestó Beatriz. Ahora sepamos cuál es.

— Es que jamás habeis de preguntarme mi nombre, ni de dónde vengo, ni dónde supe el peligro que os amenazaba; porque si me lo preguntais, os amo tanto que no tendré valor para negarlo, y así que lo supiérais, tendríamos que separarnos para siempre. Tal es la ley que me ha sido impuesta por el poder que me ha guiado á través de montes, llanuras y mares durante el largo viaje que he hecho para venir á libertaros.

— ¿Qué me importa vuestro nombre? ¿qué me importa de donde venís, ni quién os ha informado de mi peligro? abandono lo pasado por el porvenir. Vuestro nombre es el Caballero del Cisne: venís de una tierra bendita y os envía Dios. ¿Qué mas necesito saber? Esta es mi mano.

El caballero la besó enajenado, y un mes despues los unió el capellan en el mismo oratorio donde Beatriz, acogojada y temiendo por su libertad, había orado y llorado tanto por espacio de un año.

El cielo bendijo aquella union, y en tres años hizo Beatriz al caballero padre de tres hijos, que se llamaron Roberto, Godofredo y Rodolfo. Otros tres años trascurrieron, y su felicidad no conoció límites.

— Madre mia, dijo cierto día el niño Roberto de vuelta de paseo, dime el nombre de mi padre.

— ¿Y con qué objeto? contestó la madre estremeciéndose.

— Porque el hijo del baron Asperen me lo pregunta. — Tu padre se llama el Caballero del Cisne, dijo Beatriz, y no tiene otro nombre.

Satisfizo al niño esta respuesta, y se volvió á jugar con sus amiguitos. Pasó otro año tan feliz como los anteriores, y al cabo de él:

— Madre mia, dijo el lindo Godofredo, ¿de dónde venía mi padre cuando llegó á este pais en una barca remolcada por un cisne?

— ¿Y por qué quieréis saberlo? contestó la madre suspirando.

— Porque me lo ha preguntado el hijo del conde de Megen.

— Venía de un pais remoto y desconocido, dijo la madre: no sé mas.

Esta respuesta le bastó al niño, quien la trasmitió á sus bulliciosos compañeros, y continuó jugando á las orillas del rio con la tranquila indiferencia propia de su edad.

Otro año voló, pero en este sorprendió mas de una vez el caballero á Beatriz pensativa é inquieta, aparentó él, sin embargo, no notar nada, y redobló sus atenciones y caricias.

— Madre, dijo el tercer hijo Rodolfo, cuando te libró del pícaro Gerardo, ¿quién le había dicho á mi padre que necesitabas auxilio?

— ¿Por qué lo dices? contestó la madre llorando.

— Porque me lo ha preguntado el hijo del margrave de Gorkum.

— Dios, repuso la madre, que ve á los que padecen y les envía sus ángeles para socorrerlos.

El niño no insistió mas. Le habían acostumbrado á mirar á Dios como á su padre, y no se admiró de que

un padre hiciese por su hijo lo que Dios había hecho por su madre.

Pero la princesa Beatriz miraba las cosas de distinto modo: había reflexionado que el primer tesoro de los hijos es el nombre de su padre, y sus tres hijos no tenían nombre. Aquella pregunta que cada uno de ellos le había hecho, la oírían con frecuencia repetida en boca de otros hombres, y los desgraciados no podrian contestar. Estas reflexiones traían á la pobre madre triste y acongojada, y atropellando al fin por todo, resolvió exigir á su esposo el secreto que había jurado no inquirir nunca.

Notó el caballero esta melancolía que iba en aumento y adivinó la causa. Mas de una vez, al ver á su Beatriz tan apesadumbrada, estuvo á pique de revelárselo todo; pero siempre le contenía la idea terrible de que á aquella confianza seguiría una separacion eterna.

Al fin Beatriz no pudo resistir mas, fué á buscar al caballero, y arrojándose á sus piés, le suplicó, en nombre de sus hijos, que la dijese quién era, de dónde venía, y quién le había enviado.

El caballero palideció cual si fuese á morir, y sellando en seguida con sus labios la frente de Beatriz:

— ¡Ay! al fin había de ser, murmuró suspirando: esta tarde te lo diré todo.

Eran las seis de la tarde poco mas ó menos cuando el paladin y su esposa fueron á sentarse al balcon, Beatriz cortada y temerosa, el caballero triste. Ambos permanecieron algunos instantes en silencio, y sus miradas se dirigieron instintivamente hácia el punto donde había aparecido el caballero el día de su combate con Gerardo. Por una rara coincidencia, el mismo objeto se columbraba en el mismo paraje. Beatriz se estremeció y el caballero suspiró. Tropezáronse sus miradas por un sentimiento unánime, y tan profunda tristeza se pintaba en las del caballero, que Beatriz, acongojada, cayó de rodillas.

— ¡Oh! no, no, amigo mio, le dijo, no quiero saber ese secreto que tan caro ha de costarnos. Olvida mi demanda, y si no dejas nombre á tus hijos, serán valientes como su padre, y ellos sabrán conquistárselo.

— Escucha, Beatriz, contestó el caballero: todo está previsto por el Señor, y pues ha permitido que me hicieris esa pregunta, es señal de que ha llegado el día. Nueve años he pasado á tu lado, nueve años de ventura celestial. Da conmigo gracias á Dios por su infinita misericordia, y escucha lo que voy á decirte.

— ¡Calla, calla por Dios! exclamó Beatriz, yo te lo suplico.

El caballero alargó la mano hácia el punto que empezaba ya á hacerse mas distinto, y Beatriz reconoció la barca conducida por el cisne.

— Ya ves como es llegado el momento, dijo él: escucha pues lo que tanto has deseado saber, y que yo debía revelarte tan luego como me lo preguntases.

Beatriz, sollozando, dejó caer su cabeza sobre las rodillas del caballero. Miróla este con una expresion indefinible de tristeza y de amor, y apoyando la mano en su hombro:

— Soy, dijo, el compañero de armas de tu padre, Roberto de Cleves, el amigo de tu tío, Godofredo de Bullon. Soy el conde Rodolfo de Alost, muerto en el sitio de Jerusalen.

Beatriz lanzó un grito, levantó la cabeza y fijó en el caballero sus miradas hoscas y amedrentadas: quiso hablar, pero su lengua pegada al paladar no pudo proferir mas que sonidos inarticulados, como los que se escapan en un sueño.

— Sí, continuó el caballero, lo que te digo es inaudito; pero acuérdate, Beatriz, de que me hallaba en la tierra de los milagros. El Señor hizo por mí lo mismo que había hecho en otro tiempo por la hija de Jaira y el hermano de la Magdalena.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Beatriz levantándose: eso no es posible.

— Te suponía mas fe, Beatriz, respondió el caballero.

— ¿Con que sois Rodolfo de Alost? murmuró la princesa.

— El mismo. Bien sabes que Godofredo me dió parte en el mando del ejército mientras él venía á buscar á tu padre. Cuando volvió, tan prendado estaba de tu hechicera belleza, que en todo el camino no hizo mas que hablar de tí. Si Godofredo te amaba como hija, bien puedo decir que á mí me quería como si fuese hijo suyo: por eso desde el primer momento había concebido una idea, la de unirnos en matrimonio. Tenía yo entonces veinte años y un alma virgen como una doncella. El retrato que hizo de tí inflamó mi corazón, y pronto te amé con tanto ardor como si te conociese desde la infancia. Nosotros lo teníamos ya todo prevenido, y jamás me daba otro nombre que el de sobrino. ¡Tu padre murió! y yo le lloré como si hubiera sido el mio. Al morir me dió su bendicion, y renovó el consentimiento para nuestro enlace. Desde entonces te consideré como mia, y tu recuerdo prevaleció sobre todos mis pensamientos: tu nombre intervino en todas mis oraciones. Llegamos delante de Jerusalen, y fuimos rechazados entre asaltos: sesenta horas duró el último. Godofredo dispuso un posterior ataque, y juntos nos encargamos del mando de una columna: subimos las escalas los primeros, y ya llegábamos á lo alto de la muralla, ya levantaba yo el brazo para asirme á una almena, cuando vi brillar el hierro de una lanza, un dolor agudo siguió á aquella especie de relámpago, y un sudor frio circuló por todos mis miembros. Pronuncié tu nombre, y caí sin ver nada, sin sentir nada: era cadáver. Ninguna idea tengo del tiempo que permanecí en ese profundo sopor que se denomina muerte; pero al fin un día me pareció sentir que me

apoyaban una mano en el hombro, y vagamente se me figuró que era llegado el día de Josafat. Un dedo tocó mis párpados, y abrí los ojos: hallábame tendido en una tumba, y delante de mí estaba Godofredo con un manto de púrpura, y ceñidas las sienes de una corona y una brillante aureola, inclinóse hácia mí, me sopló en la boca y sentí renacer en mi pecho la vida y las sensaciones; sin embargo, me parecia hallarme aun clavado en el sepulcro con garfios de hierro. Quise hablar, pero mis labios se movieron sin proferir sonido alguno.

— Despierta, Rodolfo, el Señor lo permite, dijo Godofredo, y escucha lo que voy á decirte.

Hice entonces un esfuerzo sobrehumano concentrando las nacientes fuerzas de mi nueva vida, y pronuncié tu nombre.

— De ella vengo á hablarte, repuso Godofredo.

— ¿Pues qué, interrumpió Beatriz, había muerto tambien Godofredo?

— Sí, respondió Rodolfo, y ahora sabrás lo que había sucedido. Godofredo había muerto envenenado, y pidió antes de espirar que depositasen su cuerpo junto al mio: ejecutadas sus voluntades, había sido enterrado con las régias vestiduras: únicamente al manto y la corona había añadido Dios una aureola. Godofredo me contó lo que había sucedido despues de muerto yo, y á mis reiteradas preguntas acerca de tu situacion, contestó:

— Voy á hablarte de Beatriz. Dormía yo como tú, en mi tumba, esperando la hora del juicio, cuando me pareció que despertaba de un profundo sueño, y recobraba el sentimiento y la vida. El primer sentido que tuve expedito, fué el del oido, creí oír el tañido de una campanilla, y á medida que me volvía la existencia, se hacia mas distinto el son. Pronto reconocí que provenía de la campanilla que yo diera á Beatriz, y entonces recuperé la memoria, y me acordé de la propiedad milagrosa de aquel rosario. Beatriz estaba en peligro, y el Señor había permitido que el sonido de la sagrada reliquia penetrase en mi tumba y me despertase. Abrí los ojos y me encontré en tinieblas. Un temor terrible se apoderó entonces de mí: como ignoraba el tiempo que había trascurrido, creí haber sido enterrado vivo, pero en el mismo instante se perfumó aquel recinto con un suavísimo olor de incienso. Oí cantos celestes, dos ángeles levantaron la lápida, y vibró una voz cuyos acentos llegaban á mis oidos con dulcísima armonía:

— Godofredo, piadoso servidor mio, ¿no oyes nada? dijo la voz.

— ¡Ay! contesté, oigo el tañido de la sagrada campanilla, que me anuncia que aquella mortal, cuyo padre y esposo murieron ya para el mundo, está en peligro en este momento, y no tiene mas protector que la divina Providencia.

— ¿Y qué deseas? pide lo que quieras, que te será concedido.

— ¡Oh, bondad! contesté, nada pido para mí, porque harto generoso ha sido conmigo el Supremo Hacedor; pero permítaseme abogar por otro.

— ¿No te he ofrecido concederte lo que pidieses?

— Pues bien: ya que no me fué dado ver satisfecho en vida mi mas grato deseo, el de unir á mi hermano de armas con la virtuosa Beatriz, restitúyanselo al menos á Rodolfo los días que le estaban señalados, y permítaseme volar en auxilio de su amada, á quien amenazan peligros, segun me lo anuncia el repique de esa campanilla.

— Hágase como lo deseas, dijo la voz: resucite Rodolfo de Alost, y socorra á su desposada. Salga de la tumba hasta el día en que su esposa le pregunte quién es, de dónde viene, y quién le ha enviado. Por estas tres preguntas conocerá que es tiempo de volver á mi lado.

No volvió la voz á dejarse oír, y viéndome libre de los lazos que me sujetaban, me levanté de mi tumba y vine á la tuya. Puso la mano en tu hombro para sacudirte de la muerte; toqué tus párpados con el dedo para abrir tus ojos, y soplé en tu boca para devolverte la vida y el movimiento. Ahora, Rodolfo de Alost, levántate, vé á socorrer á Beatriz, y permanece á su lado hasta que ella te pregunte quién eres, de dónde vienes, y quién te ha enviado.

Apenas cesara Godofredo de hablar, sentí romperse los lazos que me ligaban al sepulcro. Enderecéme en la tumba tan lleno de vida como antes de recibir el golpe mortal, y me encontré armado de punta en blanco sin que me faltase mas que espada. Ciñóme Godofredo la suya, que era de oro, me colgó al cuello la botina de que solía hacer uso en medio del combate, y me puso en el dedo el anillo que le regalara el emperador Alejo. Abrazándome en seguida:

— Hermano, me dijo, Dios me llama á sí, lo conozco. Vuelve á echarme encima la lápida de mi tumba, y corre sin perder un instante á socorrer á Beatriz.

Dichas estas palabras, se acostó en su sepulcro, cerró los ojos y murmuró con voz apenas inteligible: « Sea, Señor, mil veces bendito vuestro santo nombre. »

Inclinéme sobre él para abrazarle otra vez, pero estaba inmóvil y dormido ya en el Señor.

Cumplí su mandato, oré al pié del altar y salí. A la puerta de la iglesia encontré un caballo completamente caparazonado; junto al muro estaba apoyada una lanza, y no dudé un instante de que uno y otro estaban dispuestos para mí. Tomé la lanza, monté á caballo, y pensando que el Señor había confiado á su instinto el cuidado de conducirme, dejé la brida sobre el cuello del animal.

De este modo atravesé la Siria, la Capadocia, la Turquía, la Francia, la Dalmacia, la Italia y la Alemania; al fin, despues de un año y un día de viaje, llegué á las



orillas del Rhin. Allí encontré una barca á la cual estaba atado un cisne con cadenas de oro. Salté á la barca que me condujo á vista del castillo. Lo demás tú lo sabes, Beatriz.

— ¡Ay! exclamó Beatriz, ahí están el cisne y la barca en el mismo punto en donde en otro tiempo abordecó; pero ¡ah! esta vez viene por tí. ¡Rodolfo, Rodolfo, perdóname!

— Ángel mio, nada tengo que perdonarte, dijo Rodolfo, abrazándola. Se ha pasado el tiempo; Dios me llama: démosle gracias por los nueve años de dicha que nos ha otorgado.

En seguida llamó á sus tres hijos que estaban jugando en la pradera. Abrazó primero á Roberto, que era el mayor, le dió su escudo y su espada, y le nombró su sucesor. Abrazó despues á Godofredo, que era el segundo, le entregó la bocina, y le hizo donacion del condado de Louen; por fin, estrechó en sus brazos á Rodolfo y le dió el anillo y el condado de Messe. Por último, abrazó con efusion á Beatriz, recomendó á sus tres hijos que la consolasen, y bajó en seguida á la cuadra, donde halló ensillado su caballo, atravesó la pradera, saltó á la barca, y la barca volvió á emprender el camino que habia traído, y desapareció en medio de la oscuridad.

Desde aquel instante hasta el de su muerte, la princesa Beatriz no dejó un solo día de asomarse al balcón, pero no tornó á aparecer ni la barca, ni el cisne, ni el caballero.

B. P.

## Un cuento de Edgardo Poe.

### I.

Soporté cuanto pude las injusticias de Fortunato; pero cuando estas llegaron hasta el insulto, juré vengarme.

Vosotros, que conoceis mi alma, debéis suponer que de mi boca no salió la mas ligera amenaza. A la larga habia de vengarme; era cosa definitivamente resuelta; la mas completa resolucion alejaba de mí toda idea de peligro. Debía no solo castigar, sino castigar impunemente.

Una injuria no se venga cuando el castigo alcanza al desfacedor, ni se venga cuando el vengador no tiene necesidad de hacerse conocer del que ha cometido la injuria.

Debo hacer constar que jamás dí á Fortunato motivo alguno para que dudase de mi buena fe, ni por mis acciones ni por mis palabras. Continué, segun costumbre, sonriéndole siempre, y él no comprendía que mi sonrisa era la fórmula del pensamiento que yo de su inmolacion abrigaba.

Fortunato tenia un flaco por donde podia atacársele, aun cuando por todo lo demás era hombre respetable y aun temible. Se vanagloriaba de ser gran conocedor de vinos. Pocos italianos tienen el don de ser conocedores; su entusiasmo es casi siempre prestado, acomodado al tiempo y á la oportunidad: es un charlatanismo para explotar á los ingleses y austriacos millonarios.

Igualmente en pinturas y piedras preciosas, Fortunato, como sus compatriotas, era un charlatan; pero en materia de vinos añejos era sincero. Sobre este punto en nada me diferenciaba de él: yo me creía inteligente, y compraba partidas considerables siempre que podia.

Una noche, entre dos luces, á mitad del carnaval, encontré á mi amigo. Me saludó con íntima cordialidad, porque habia bebido muchísimo.

Mi hombre estaba de máscara. Vestía un traje ajustado de dos colores, y en la cabeza llevaba un gorro cónico con campanillas y cascabeles. Tan feliz me juzgué al verle, que jamás creí que acababa de estrecharle la mano. Díjele:

— Mi querido Fortunato, os encuentro en buena ocasion. ¡Qué magnífica facha haceis con semejante traje! Es el caso que acabo de recibir un barril de vino amontillado, ó por lo menos por tal me lo han dado, y tengo mis dudas...

— ¿Cómo, dijo, de amontillado? ¿Una pipa? ¡Imposible! ¡y á mitad de carnaval!

— Tengo mis dudas, repliqué, y he sido tan tonto que lo he pagado sin consultaros antes. No pude encontraros, y temí perder una ganga.

— ¡Amontillado!

— Digo que dudo.

— ¡Amontillado!

— Y puesto que estais invitado á algo, voy á buscar á Luchesi. Si alguno hay que sea conocedor, es él. Él me dirá...

— Luchesi es incapaz de distinguir el amontillado del Jerez.

— Y sin embargo, hay imbéciles que comparan sus conocimientos con los vuestros.

— Vamos allá.

— ¿Dónde?

— A vuestras bodegas.

— Amigo mio, no: yo no quiero abusar de vuestra bondad. Sé que estais invitado. Luchesi...

— Nada tengo que hacer. Marchemos.

— No, amigo mio, no. No es la cosa vuestros quehaceres, sino el frio cruel que noto estais sufriendo. Las

bodegas son muy húmedas, como que están cubiertas de nitro.

— No importa; vamos. El frio nada supone. ¡Amontillado! Os han engañado. Y en cuanto á Luchesi, os repito que es incapaz de distinguir el Jerez del amontillado.

Así charlando, Fortunato se cogió de mi brazo. Me puse una careta de seda negra, y embozándome en mi capa, me dejé llevar hasta mi palacio.

No habia en él ni un solo criado: estaban todos haciendo los honores al carnaval. Les habia dicho que no volveria hasta bien entrado el día, y mandado que no dejasen sola la casa. Yo bien sabia que esta sola orden bastaba para que todos, sin excepcion alguna, se largasen en cuanto yo volviese la espalda.

Tomé dos luces, dí una á Fortunato, y nos dirigimos atravesando muchas piezas y salones hasta el vestibulo que á las cuevas conducia. Bajé delante de él la escalera larga y tortuosa, volviendo varias veces la cabeza para advertirle que cuidase de no tropezar. Llegamos al fin, y juntos nos hallamos sobre el húmedo suelo de las catacumbas de Montresors.

El paso de mi amigo era vacilante, y las campanillas y cascabeles de su gorro, sonaban á cada uno de sus pasos.

— ¿Y la pipa de amontillado? dijo.

— Está mas lejos, le dije; mirad los blancos bordados que centellean sobre las paredes de estas cuevas.

Volvióse hácia mí y miróme con ojos vidriosos goteando lágrimas de embriaguez.

— ¿El nitro? preguntó por fin.

— El nitro, dije. ¿Desde cuándo teneis esa tos?

— Euh, euh, euh, euh, euh.

Mi pobre amigo no pudo contestarme hasta despues de algunos minutos.

— No es nada, dijo.

— Venid, dije secamente, vamos fuera de aquí; vuestra salud es preciosa. Sois rico, respetado, admirado, querido; feliz, como yo en otro tiempo: sois un hombre que dejaría un vacío inocuable. Por mí nada importa. Vámonos; podriais caer enfermo. Además, Luchesi...

— Basta, dijo, la tos no vale nada. No me matará. Yo no he de morir de un constipado.

— Es verdad, es verdad, contesté, y os aseguro, que no intento alarmaros inútilmente; pero debéis tomar algunas precauciones, un trago de Medoc os defenderá de la humedad.

Cogí una botella, de entre otras muchas que en larga fila allí cerca estaban enterradas, y la rompí el cuello.

— Bebed, le dije, y le dí el vino.

Acercó á los labios la botella, y me miró con el rabo del ojo. Hizo una pausa, me saludó familiarmente (sonaron las campanillas del gorro), y dijo:

— ¡A la salud de los difuntos que á nuestro alrededor reposan!

— Yo á la vuestra.

— Se agarró de mi brazo y seguimos adelante.

— ¡Qué grandes son estas cuevas! dijo.

— Los Montresors, contesté, eran familia muy numerosa.

— No recuerdo vuestras armas.

— Un pié de oro sobre campo azul, reventando una serpiente que se le enroscaba mordiendo el talon.

— ¿Y la divisa?

— *Nemo me impime lacessit.*

— ¡Muy bien!

Centelleaban sus ojos por el vino, y los cascabeles y campanillas del gorro sonaban y sonaban. El Medoc habia exaltado mis ideas.

Habíamos llegado al medio de unas murallas de huesos mezclados con barricas, en lo mas profundo de las catacumbas. Paréme de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de coger del brazo á mi Fortunato, por mas arriba del codo.

— El nitro, dije, ya veis que aumenta. Cuelga como el musgo á lo largo de las bóvedas. Estamos bajo el lecho del rio. Las gotas de agua se filtran á través de los huecos. Venid, vámonos, antes de que sea demasiado tarde. Vuestra tos...

— No es nada, continuemos. Venga otro trago de Medoc.

— Rompí una botella de vino de Greve, y se la ofrecí. La bebió de un trago. Brillaron sus ojos, se rió, y arrojó al aire la botella haciendo un gesto que no pude comprender. Miréle con sorpresa, repitió el gesto, un gesto grotesco.

— ¿No comprendéis? me dijo.

— No, contesté.

— Entonces, no sois de la lógia.

— ¿Qué?

— No sois frane-mason.

— ¡Sí, sí! dije. ¡Sí, sí!

— ¿Vos? ¡Imposible! ¿Vos mason?

— Sí, mason, le respondí.

— ¿Un signo? me dijo.

— Vedle, repliqué y saqué un palustre de debajo de los pliegues de mi capa.

— Quereis reiros, gritó; y tambaleándose, vamos al amontillado, me dijo.

— Sea, contesté guardando mi herramienta y dándole el brazo. Se apoyó pesadamente en él, y continuamos en busca del amontillado.

Pasamos bajo una galería de arcos muy chatos; bajamos: dimos algunos pasos, y descendiendo mas aun, llegamos á una profunda cripta, donde la impureza del aire era tal, que en ella mas que brillaban, se enrojecian nuestras luces.

En el fondo se descubria otra cripta mas pequeña

aun. Estaban revestidos los muros de restos humanos, apilados en la cueva á la manera que están en las grandes catacumbas de Paris.

Del otro lado se habian derribado los huesos, y apilados en el suelo formaban una muralla de alguna altura. En el muro, escueto por la separacion de los huesos, notamos otro nicho, profundo como de unos cuatro piés, de tres de largo, y de siete ú ocho de alto.

No parecia hecho para un objeto dado, pues se formaba simplemente por el hueco que dejaban dos enormes pilares que sostenian las bóvedas de las catacumbas, y por uno de los muros de granito macizo, que limitaban su cabida.

En vano Fortunato adelantando su mortuoria antorcha, luchaba por medir la profundidad del nicho. La luz se debilitaba y no nos permitia ver el fin.

— Avanzad, le dije, ahí es donde está el amontillado. Tocante á Luchesi...

— ¡Es un ignorante! interrumpió mi amigo andando de costado delante de mí, mientras yo le seguia paso á paso.

En un momento llegó al fin del nicho y tropezando con la roca se paró estúpidamente absorto.

Un instante despues ya le habia yo encadenado al granito. Sobre la pared habia dos grapas, á dos piés de distancia la una de la otra, en sentido horizontal. De una de ellas colgaba una cadena, de la otra un candado.

Habiéndole colocado la cadena al rededor de la cintura, sujetarle era cosa de algunos segundos. Estaba muy asustado para oponer la menor resistencia. Cerré el candado, saqué la llave y retrocedí algunos pasos saliendo del nicho.

— Pasad la mano por la pared, dije; vos no podeis oler el nitro. Está sumamente húmedo. Permitidme una vez *suplicaros* que os vayais. ¿No? Entonces es preciso que os abandone: volveré inmediatamente para proporcionaros cuantos cuidados pueda.

— ¡El amontillado! Gritaba mi amigo que aun no habia vuelto de su espanto.

— Es cierto, contesté, el amontillado.

Al decir estas palabras empujé la pila de huesos de que ya he hablado, los arrojé á un lado y descubrí gran cantidad de piedras y de mortero. Con estos materiales y con mi palustre comencé á cerrar y murar la entrada del nicho; á hacer un tabique.

### II.

Casi no habia colocado la primera hilada de piedras, cuando noté que la embriaguez de Fortunato se habia disipado muchísimo. El primer indicio de ello fué un grito sordo, un gemido salió del fondo del nicho. ¡*Aquel no era el grito de un hombre borracho!*

— Despues nada se oyó. Coloqué la segunda hilada, la tercera, la cuarta... y oí el ruido que producian violentas vibraciones de la cadena; este ruido duró algunos minutos, durante los cuales suspendí mi trabajo y apoyándome sobre los huesos me estuve gozando en él.

Cuando cesó, cogí de nuevo mi palustre y sin interrupcion acabé la quinta, sexta y sétima hilada. La pared llegaba ya á la altura de mis hombros.

Me paré de nuevo, y levantando las luces por encima de la pared, dirigí sus rayos al personaje allí incluido.

Grandes, agudos y dolorosos gritos lanzó el encadenado, y casi me tumbaron de espaldas. Durante un momento hasta temblé, me arrepentí.

Saqué la espada y con ella comencé á abrir el nicho; pero un instante de reflexion bastó para tranquilizarme. Me apoyé sobre el muro, respondí á los quejidos de mi hombre, los hice eco, los acompañé, los ahogué con mi voz.

Erán las doce de la noche y mi trabajo se acababa. Terminé la octava, novena y décima hilada. Concluí gran parte de la onzena y última; una sola piedra faltaba para acabar del todo mi tarea, y estaba ya ajustándola cuando sentí escaparse del fondo del nicho una risotada ahogada que me erizó el cabello.

A las careajadas siguió una voz lastimera, que reconocí difícilmente ser la del noble Fortunato.

La voz decía:

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! Chistosa broma, en verdad, excelente farsa! ¡Cuánto hemos de reirla en casa! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh!

— ¡El amontillado! dije.

— ¡Eh! ¡eh! Sí, el amontillado. ¿Pero no se hace tarde ya? ¿No nos esperarán en mi casa la señora Fortunato y los otros? Vámonos.

— Sí, dije, vámonos.

— ¡Por el amor de Dios, Montresors!

— Sí, contesté, por el amor de Dios.

Y nada contestó: escuché y nada oí. Me impacienté. Le llamé á gritos:

— ¡Fortunato!

Y nada. Llamé de nuevo:

— ¡Fortunato!

Y nada. Metí una antorcha por el único agujero que el nicho tenia, y la dejé caer al fondo: oí ruido de cascabeles y campanillas. Me sentí malo, sin duda alguna por la humedad de las catacumbas.

Era preciso concluir; hice un esfuerzo, tapé el agujero y le cubrí de cal.

*Requiescat in pace...*



El impuesto sobre la renta y sobre las bebidas, por Cham.



El impuesto sobre la renta, tal como existe desde hace largo tiempo.



Antigua aplicacion del impuesto sobre las bebidas.



— ¿Con que morirás impenitente?  
— No se dirá que me niego á pagar el impuesto sobre las bebidas.



Sistema dudoso de hacer el contrabando de las bebidas.



— ¡ Me cuenta Vd. las esponjas cuatro veces mas caras que antes!  
— Es por el impuesto sobre las bebidas : ¡ la esponja absorbe tanto!



— ¡ Cuando yo le decia á Vd. que no era vino, señor aduanero! ya lo ve Vd. que es cerveza.



— ¡ Aquí tiene Vd. mi renta! Mis árboles frutales, que son mi riqueza, no han producido mas que orugas

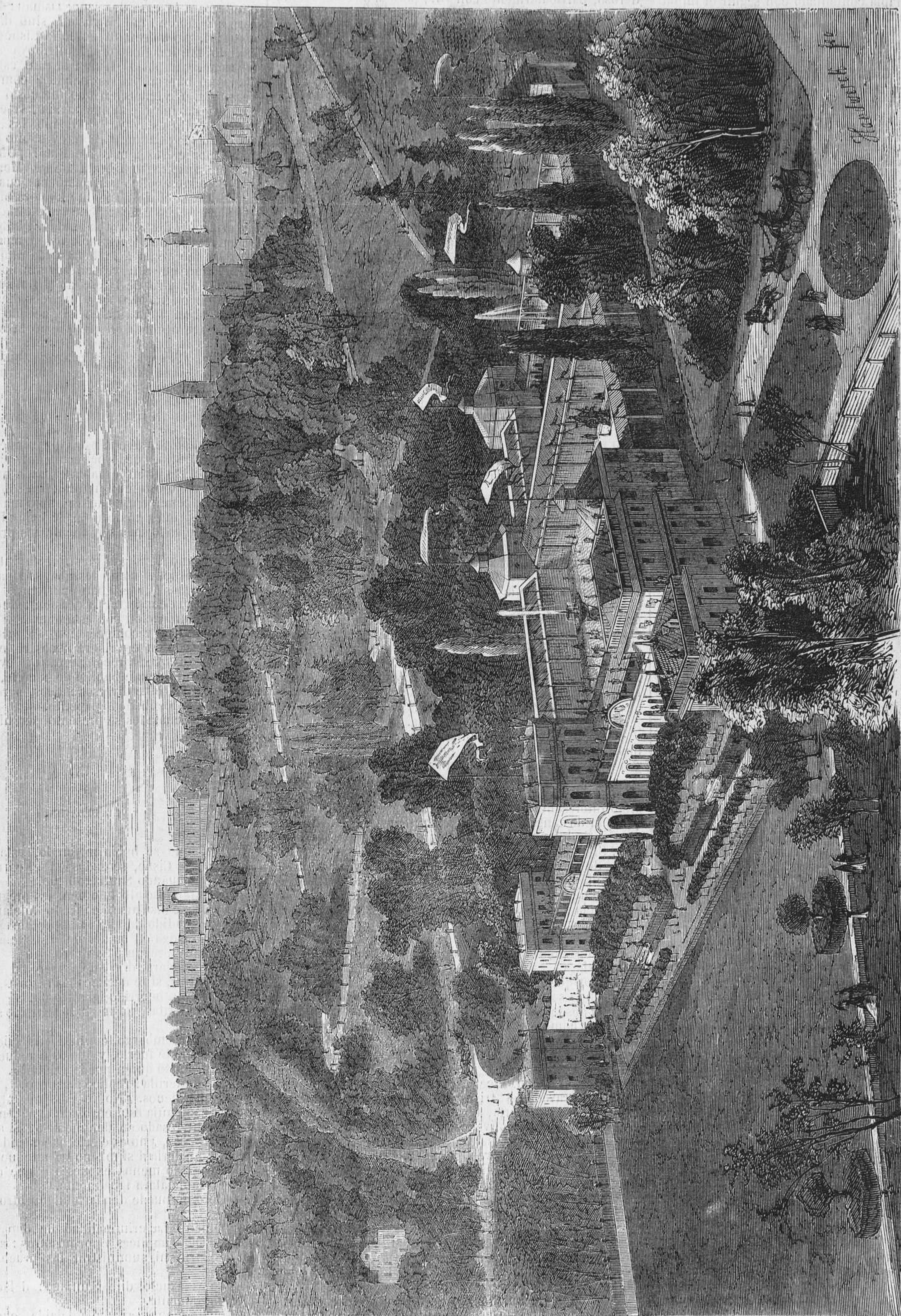


— ¿ Desea Vd. saber cuál es mi renta? Pues suba usted.  
— ¿ A dónde?  
— A las nubes. Así verá si hay ó no granizo.



— ¿ Cómo haces tú para librarte del impuesto sobre le renta?  
— Es muy sencillo. Me como el capital.





ALEMANIA. — Exposición internacional de Cassel. — Vista general de las construcciones.



### Exposicion internacional de Cassel.

Las exposiciones nos presentan hoy lo que puede llamarse un verdadero movimiento perpétuo, y serán como una de las grandes instituciones de este siglo. La Alemania, que se habia contentado con seguir el impulso dado por la Francia y la Inglaterra, demuestra hoy la mas viva afición á esas exhibiciones industriales, como lo prueba el gran éxito que obtiene en la actualidad la de Cassel.

La Exposicion de Cassel comprende catorce series dispuestas en un orden metódico y muy sencillo. Naturalmente la exhibicion comienza por muestras de habitaciones.

Allí se ven planos y modelos de casas con jardines, dependencias, caballerizas y objetos de ornato. Es inmensa la coleccion de alfombras, de modelos de entarimados para suelos, de aparatos para baños y para telegrafía privada. Luego vienen el patio y la caballeriza, con el jardin, cisternas, tiendas, cenadores, pabellones, instrumentos de jardinería, etc. Dentro de la casa se ven las diferentes partes que la forman: la cocina con todo lo necesario, la sala con lujoso mueblaje, el comedor, el cuarto de los niños, la sala de baño, etc.

En la serie de los vestidos y ropa blanca, hay telas manufacturadas de algodón, hilo, cáñamo, lino, seda, terciopelo, papel, paja, fieltro, piel y hule. A esta nomenclatura hay que añadir los objetos de uso cotidiano, como esponjas, jabones, objetos de perfumería, neceseres, bolsillos, etc. Se concluye por las galerías de la alimentación, que ofrecen á los visitantes los alimentos fabricados con trigo, patata, cebada; uvas, chocolate, azúcar, y por último, carnes conservadas, así como hay tambien conservas de frutas y verdura.

El movimiento de visitantes en la Exposicion de Cassel, es considerable. La Alemania se apasiona por esas fiestas del trabajo y de la industria. Además, las compañías de ferro-carriles favorecen el gusto de la poblacion, haciendo rebajas de precios en los trenes especiales.

D. F.

### El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

— No necesita de eso quien todo lo ha adivinado por desgracia. Mas si algun derecho me dan esos tristes secretos acerca de Vd., sea siquiera el de suplicarle que nunca salga de su pecho, y que tenga lástima de la infeliz Veratrina.

— Mas lástima merece, sin embargo, el desventurado que anhelando la felicidad de Vd., no tiene el poder de ofrecérsela: él á su vez tambien reclama compasion.

— No, señor: está Vd. engañado. Cuando yo me despida del mundo no hallaré un corazon para decirle adios, apenas habrá alguna cosa de que pueda despedirme.

— Pero sí habrá muchos corazones que llorarán su eterno retiro, y aun cuando sea en silencio, le enviarán un triste adios, al que Vd., quizá estará muy indiferente y no responderá.

— Usted es muy lisonjero; pero en su acento se nota algo que deja conocer bien no estar bastante persuadido de lo mismo que está diciendo. No podria ser de otro modo, pues en efecto, lo que asegura será consolador, pero es inexacto.

— Tan persuadido estoy de lo que digo, como que sé, si Vd. me permite confesarlo, que el mio será uno de esos corazones que llorarán su clausura.

— ¿El suyo? ¿por qué? ¿podiera haber algo en Veratrina que inspirase semejante interés en un hombre á quien otros afectos distraen sin duda, á favor de alguna mujer mas dichosa que yo, y por lo mismo mas capaz de ofrecer la felicidad que Vd. merece?

— Esa suposicion no tiene fundamento; y por otra parte es tan cierto lo que antes he dicho, que no obstante el deseo, ó mas bien la necesidad de recobrar esa carta, y el saber que la recobraré el día que usted se despida del mundo, me atrevo á rogarle que no entre al convento, ni condene así á una eterna reclusion sus atractivos.

— Tanto menos, opuso Veratrina, puedo creerle si exagera hasta ese extremo su galantería. Vd. mas que nadie, desea vivamente mi entrada al convento para apoderarse de esta carta que se va haciendo para mí tan cara.

— No, señorita: sin necesidad de que Vd. entre al convento, gozaré ese bien, pues he formado la esperan-

za de merecer que Vd. me favorezca dándomela sin aguardar hasta entonces.

— Acaso será así, dijo Veratrina sonriendo con sumo afecto: no me parece del todo imposible, porque ya usted ha adivinado tambien cuán débil soy yo, y al mismo tiempo cuán poderoso es usted.

— No he creído, ni por un instante, contestó Santiago, que Vd. sea débil, ni menos aun, que yo sea poderoso, particularmente con Vd.; pero sí he considerado que se persuadirá fácilmente de que mi palabra es digna de crédito, y habiendo prometido no leer esa carta, no la leeré y estará en mi poder lo mismo que en el suyo.

— Hará Vd. muy bien en no leerla. Su curiosidad no podia servirle sino para despojarlo de alguna ilusion, tal vez demasiado hermosa para Vd., y darle el conocimiento de una realidad muy triste. Es cierto que en cambio veria Vd. allí palabras que le fuesen lisonjeras; pero lo serian solo por cuanto humillaban á una mujer, que en un momento feliz tuvo la dicha de oírle palabras galantes y respetuosas que nunca mas volveria á oír de sus labios.

— ¿Segun eso, Vd. ha leído la carta?

— ¡Imposible! A tanto no podia haberse extendido mi atrevimiento. Si sé lo que ella contiene, es porque he recibido de la misma persona, otra en que para satisfacerme, me avisa del contenido de esta; por esto le advierto que Vd. debe temer con la lectura de este papel, la pérdida de una ilusion que Vd. ama y yo aborrezco en vano.

— No es el temor de perder una ilusion y conocer una realidad lo que me obliga á abstenerme de leer ese papel, ni debe tampoco ser el deseo de evitar que yo cambie con nadie, lo que mueve á Vd. á conservarlo. Yo no tengo ilusiones, señorita: solo sé sentir desprecio por los que me engañan con ellas.

— No, Santiago, dijo Veratrina aparentando distraccion: bien sé que Vd. es muy dichoso para que su felicidad dependa de ilusiones. Mas tambien sé que si hay alguna mujer que lo ame con la pasion mas vehemente, y Vd. llega á descubrirlo en esta carta, revelado en momentos y por labios dignos de crédito en ese particular, cuanto falaces sin duda en otro, es seguro que Vd. la despreciaria.

— No me importa realmente, dijo Santiago con desden, que me ame ó deje de amarme una mujer que me es indiferente: mas si en esa carta hubiera yo de encontrar la revelacion misteriosa y mágica de un amor que tal vez mi corazon anhelara ¿no es verdad que seria usted sola quien, negándola, me defraudaba de la felicidad mas bella de la vida?

— Luego Vd. tiene ánimo de leerla ¿no es así? preguntó Veratrina sonriéndose con familiaridad.

— No, señorita. He prometido no leerla, y protesto que no la leeré. Mas tambien es cierto que sea que ella vuelva al poder de la persona que la ha escrito, sea que no salga de las manos de Vd., tengo esperanzas de que la leeré algun día.

— No comprendo eso, caballero.

— Me explicaré si se me permite.

— Con mucho gusto, aunque preveo que Vd. va á manifestarme el ánimo que tiene de burlarse del corazon de dos mujeres que supone sus apasionadas.

— Nada de eso: solo estriba mi esperanza en que estando persuadido de que en esa carta se encierra un secreto interesante á mi honor, creo que las dos mujeres que han de conservarla, son bastante generosas para no ver con indolencia el honor de un hombre que les respeta. Si la carta, pues, permanece en poder suyo ¿no habré de confiar en que Veratrina sensible y grata pueda algun día ver en mí un amigo, si me es permitido valerme de este nombre, y movida por la ternura y la constancia, pagar un suspiro abriendo ante mis ojos esa carta misteriosa?

— ¡Ah! exclamó Veratrina respirando con ansiedad, ¡qué hombres, Dios mio! ¡qué infelices somos nosotros!

— ¿Por qué hermosa Veratrina? ¿por qué se queja de mí, cuando solo yo deberia prorumpir contra su crueldad que desde ahora me quita una esperanza que yo iba á guardar como un consuelo para las penas futuras que ya el corazon comienza á presagiarme?

— ¿Y es su corazon muy leal? le preguntó Veratrina con ternura.

— De eso la convencerá el tiempo, respondió Santiago con gravedad y tristeza: la convencerá cuando mostrándome esa carta, observe que cumplo fielmente mis promesas; y la convenceria hoy mismo, si poniéndola en mis manos, viese que yo no la abria, y que volvía sin ser leida, á la jóven que me la escribió.

— Bien, dijo Veratrina: puede ser que fiada yo en esa oferta se la entregue, á cuyo fin debo consultar previamente al hombre discreto que por ahora posee toda mi confianza, y sin cuya anuencia nada puedo ni quiero hacer.

— ¿Habla Vd. por ventura de algun amante? preguntó Santiago alarmado.

— No, señor, dijo Veratrina sonriendo: hablo únicamente de mi confesor.

— ¿Y no seria mucho mas seguro que su confesor no se mezclase en este asunto, ni tuviera que ver nada en las cartas que yo he de recibir?

— ¡Jesus! exclamó Veratrina juntando las manos, eso es imposible, y yo me expondria á incurrir en un pecado horrible si obrara sin dictámen de mi director.

— ¿Segun eso, repuso Santiago, tendré el gusto de visitar á Vd. una vez mas todavia?

— Quizá será para Vd. una molestia; pero es indispensable y espero que me la perdonará.

— Ojalá tuviera yo repetidas ocasiones de disfrutar instantes como el que en este día me ha proporcionado nuestra carta, y de reiterar á Vd. los mas tiernos ofrecimientos de la amistad.

Después de algunas otras palabras recíprocas, Santiago se retiró emplazado para de allí á dos días, y con muchas esperanzas de recobrar su carta, si el confesor de Veratrina era hombre de conciencia.

— ¡Bonita mujer! decía Santiago entre sí, caminando para la casa del señor Osman: bastante bonita; pero á fe que no me ha gustado sino de un modo muy material. No vale tanto como la Cisne ó Adelaida, aun cuando mi imaginacion le atribuya dotes que quizá no tiene. ¡Imposible! bien seguro estoy de que á la Cisne no habria podido hablarle como he hablado á Veratrina. Y estamos en que me costó trabajo escapar de que esta me dijera me amaba, si es que no me lo dijo. ¡Bonito estoy yo eludiendo las seducciones de las damas! ¡Caramba con el hábito blanco que no cubre por cierto almas benditas! ¡Oh! ¡y qué bien que me inspira una beata de las Mercedes! No hay duda: yo me explico perfectamente cuando el corazon no siente: si el tío Alejo me hubiera oído en esta vez, se habria hecho cruces ¡qué galantería! estoy aturrido de mi propia destreza y habilidad... hábil yo para sacar el cuerpo á una declaracion de amor que por otra parte se me venia á la boca cada rato. Bien considerado, como que á la verdad soy un bobalicon: de mí dependia el giro de la escena y no supe aprovecharme. ¡Imbécil!... pero de aquí á dos dias será otra cosa. Sin embargo, Veratrina no ha quedado disgustada: eso es tan seguro como el que yo no la amo aunque me gusta. Es la primera mujer hermosa de quien no me enamoro. ¿Si será esto que la vejez quiere sorprenderme á los veinte años? ¡No enamorarme yo de Veratrina!... Esto es algo, no hay remedio; pero sea lo que fuere, estoy decidido á fingirle amor. ¡Qué va á hacer! mi destino es de pisaverde, y nadie puede oponerse á su destino.

Si Santiago se fué con estos pensamientos, Veratrina por el contrario, quedó perfectamente enamorada de él; sentia que este jóven le habia causado una profunda impresion; y era eso muy natural, no solo por ser él tan agraciado, como decia Baciliza, sino mas que todo, porque era el primer hombre que le habia hablado con respeto y lisonjeado mas seriamente sus pretensiones aristocráticas.

Santiago no llevaba la mas remota intencion de instruir á la Cisne, si como deseaba, la veia donde Emilio, de los sucesos que estaban ocurriendo con Veratrina, porque queria conservar la ocasion agradable que lo ponía en comunicacion con esta dama.

Mas como la recomendacion de recuperar la carta estaba en todo su vigor, era necesario excusar tambien los incidentes que la recordasen, para evitar las preguntas que naturalmente habian de hacerle, y cuya contestacion preparaba de diversos modos, para no mentir por causa de ese bienhadado papelito.

Con estos cuidados se presentó por último en la casa de Emilio.

IX.

EL DELATOR.

Emilio, que se habia mejorado, estaba dormido, y Adelaida y la Cisne, sentadas en el corredor hablaban en voz baja, cuando Santiago llegó.

Este sentándose allí tambien, les preguntó por aquel.

— Parece consolarse, contestó Adelaida; porque lo hemos persuadido de que es imposible en todo caso que don Adolfo caiga en manos de la justicia.

— ¿Cómo? preguntó Santiago.

— Es cosa clara, dijo Adelaida; y tal vez Vd. pensará como nosotras, si le decimos las razones, aunque es probable le hayan ocurrido igualmente.

— No, señoritas, no me han ocurrido sino las razones de peligro.

— Hay, sin embargo, continuó Adelaida, una de salvacion, bastante fuerte, y que está reducida á no haber de ningun modo quien pueda delatarlo.

— ¿Y Monterilla? replicó Santiago.

— El que menos. ¿No ve Vd. que entre los hombres en cuya compañía está enrolado aquel, no puede haber ninguno interesado en denunciarlo? Si alguno se atreviese á tal cosa, ¿no es cierto que siendo su cómplice, se comprometeria á sí mismo? Y aunque eso no fuera, quedaria por lo menos expuesto á que don Adolfo por vengarse lo delatara igualmente.

— ¿Pero no puede delatarlo algun otro? replicó Santiago.

— ¿Quién? La criminalidad de don Adolfo solo se sabe por sus cómplices y por nosotros: aquellos no pueden delatarlo ni suministrar las pruebas; luego está seguro.

— Eso es exacto, dijo Santiago: delacion no puede haber ciertamente.

— Mucho menos, añadió Adelaida, cuando esa compañía, segun lo que Emilio nos refirió acerca del discurso de Oropimente, se compone de hombres que juzgan inocente su conducta.

— Y aunque no suceda eso, repuso Santiago, los malos suelen observar con mucha rigidez, cuando se asocian, las leyes de la proteccion recíproca; porque formando aparte de la sociedad general un cuerpo perseguido y perseguidor, necesitan esperar de su fraterni-



dad y disciplina la proteccion que la sociedad, con la que se ponen en guerra, tiene que negarles.

— Eso es mas aplicable á esta compañía que á ninguna otra, dijo Adelaida; pues vemos el empeño extraordinario que se manifiesta por ella de salvar al Mordedor, á quien sin embargo miran en muy poco, al menos en comparacion de don Adolfo. Así es que aun cuando sepan que el doctor Témis no se encarga de defender á ninguno de los dos, todos guardarán silencio, persuadidos de que nada adelantarian con perseguirse recíprocamente.

— Fuera de eso, repuso Santiago, Monterilla está encargado de antemano, segun infiero, de mantener oculto á don Adolfo; y como es seguro que en esa compañía aquel es el mas influyente, su voluntad triunfará en todo caso.

— Estas reflexiones, como he dicho, han calmado mucho á Emilio, repitió Adelaida, y está persuadido de que no hay para su padre riesgo alguno.

— Gran felicidad es esta, dijo la Cisne; y eso que no hemos contado con la infamia que lleva consigo el odioso papel de delator; infamia que retrae aun á la gente ordinaria.

— Y en este caso mucho mas, dijo Adelaida, porque ¿qué motivo podria justificar semejante accion?

— Ciertamente, repuso Santiago, la delacion, en concepto de todos, es detestable, bien que en el mio eso es una desgracia, porque, prescindiendo de este caso, y hablando en general, debia ser muy bien vista, pues el delator es un defensor de la sociedad.

— No, dijo Adelaida, ese papel es muy repugnante, y alguna razon lo degrada cuando todos lo miran tan mal.

— Yo miraria muy mal al delator de don Adolfo, dijo Santiago; pero á cualquier otro que pusiera en manos de la justicia á los verdaderos criminales, le daria las gracias.

— Ya se ve, replicó Adelaida, cuando algun miserable por ganar una recompensa prometida, nos trae un objeto que nos han robado, tambien por lo regular le damos las gracias.

— Y al dárselas, dijo la Cisne, le echamos una mirada de desprecio con que envilecemos su accion; de modo que al delator puede agradecerse su servicio, pero ese servicio lo infama.

— Es verdad, dijo Santiago, si se supone que media una recompensa en dinero; pero entonces la vileza no está en la accion, sino en el motivo; lo que infama es la codicia miserable que produce una accion buena que sin tal incentivo no se habria ejecutado. Mas el delator generoso que sin esa recompensa denuncia al crimen y designa al criminal, es un ente movido por la justicia y el amor de la sociedad, motivos tan nobles, que es imposible que la conducta que ellos determinan deje de ser hermosa en ningun caso.

— Sin embargo, replicó la Cisne, ¿se atreveria usted á ser el delator de don Adolfo?

— ¡Imposible! Ni de don Adolfo ni de nadie.

— Luego su corazon no está de acuerdo con sus ideas.

— Tal vez; pero tambien es cierto que si todos en este punto fueran como yo, ningun delito se castigaria.

— No haya cuidado, dijo Adelaida: nunca faltan almas viles que se encarguen de prestar tales servicios.

— Pero mejor seria que ese servicio fuese prestado por las almas nobles. Yo me atrevo á repetir que el papel de delator no es ni puede ser infame cuando se ejerce sin interés y sin traicion; y si los que tanto han hecho padecer á Vds. no fueran el padre de Emilio y sus compañeros, yo mismo, á pesar de mi repugnancia, seria tal vez su denunciante.

— ¿Aunque alguno de ellos tuviera un hijo honrado? preguntó Adelaida.

— No, señorita; entonces puede ser que me pareciera una infamia esa delacion.

— Luego ya se necesita algun exámen para ser ó no delator sin infamia, y eso prueba la exactitud de lo que he sostenido: el papel de denunciante es indigno, y cuando mas, segun Vd., puede añadirse la excepcion de ciertos casos.

— O bien, dijo Santiago, el papel de delator es noble, solo que en concepto de ambos, hay casos en que es infame.

— Tal vez, dijo Adelaida sonriéndose y prestando atencion al ruido que hacia una persona que entraba.

Era Enrique, que habiendo regresado ya con toda la gente de las fiestas, y sabiendo que Emilio estaba enfermo, venia á visitarlo para con este pretexto ver á Adelaida y aun á la Cisne, pues sabia que esta estaba en aquella casa.

— Al momento fué introducido en el cuarto de Emilio, que ya despierto, recibió su visita. Mientras los dos conversaban, Adelaida y la Cisne seguian hablando con Santiago agradablemente, hasta que empezó á llamarles la atencion la conversacion de Enrique.

— La justicia sabe ya perfectamente, le decia este á Emilio, quién es el compañero del Mordedor en el robo ejecutado la otra noche en esta casa.

— ¿Cómo es eso? preguntó Santiago, viendo que Emilio no contestaba.

— Sí, señor, continuó Enrique; hemos dado al fin con ese malvado que habia logrado mantenerse oculto, por haberme ido á las fiestas, de lo que por consiguiente pido perdon á la señorita Adelaida.

— No entiendo una palabra de cuanto Vd. dice, contestó ella, y aun le aseguro que no quisiera que se empeñase en hacérmelo comprender.

— Yo sí deseo que Vd. se explique, repuso Santiago.

— Sí, señor, continuó Enrique; tengo la satisfaccion de haber ayudado mucho en ese descubrimiento; y aun-

que se ignora en el público el nombre del criminal, la justicia ha comenzado ya á proceder en virtud de un denuncia secreto.

En efecto, ese mismo dia, antes de que Santiago, Adelaida y la Cisne sostuvieran su discusion, un hombre con un papel en la mano se habia presentado en la casa del juez mas discreto que habia entonces en la ciudad, para delatar en secreto á Adolfo Castelvi por los delitos de asesinato y robo, indicando las pruebas que podian acreditar el denuncia.

Este delator sobre quien algunas horas despues los labios de Adelaida y de la Cisne arrojaban la infamia; ese delator que Santiago condenaba en este caso, y que iba á poner en la mayor consternacion al desgraciado Emilio, lo era en persona el mismo doctor Témis.

Como los crímenes perpetrados por la junta de Monterilla tenian la ciudad alarmada en sumo grado, algunas horas despues del denuncia, solo se hablaba en todas partes, de que estaba descubierto ya por la justicia un criminal cuyo nombre se ignoraba en el público, pero que seguramente era un personaje de consideracion, que bien pronto estaria en poder de los tribunales, porque se le buscaba con mucha actividad.

Esto habia llegado á los oídos de Enrique, quien con razon se imaginó fuese el reo delatado el compañero del Mordedor, cuya persecucion habia ofrecido pocos dias antes en casa del señor Osman. Así es que no sabiendo cuán al cabo de semejante asunto estaba una gran parte de esta familia, no tuvo inconveniente en atribuirse ante ella la gloria del descubrimiento y referirles que el doctor Témis era el delator.

Emilio no podia ni prorumpir en los gritos que esta noticia le provocaba, tanto porque Enrique no sospechase de su arrebatado, cuanto porque lo abogaba la angustia. Bien pronto se habian persuadido él y Santiago de que entre las audaces mentiras de Enrique, solo habia de cierto que don Adolfo estaba delatado, que el doctor Témis era el delator y que la justicia buscaba al reo con actividad.

Entre las pocas personas que estaban instruidas de las desgracias de Emilio, el doctor Témis solo á don Juan comunicó el terrible paso que habia dado, y sobre el cual este no se atrevió á hacerle observacion alguna, quedando confundido al ver hasta qué extremo se iban cumpliendo literalmente las amenazas de Monterilla que le parecieron al principio tan atrevidas y temerarias, por ignorar se fundasen en la desgracia anterior de estar el padre de Emilio complicado en los delitos de tan perversa cuadrilla.

El resto pues, de aquellas amenazas se realizaria igualmente, una vez que lo mas increíble y difícil estaba ya cumplido. Aquel jóven se veia no solo abandonado de su mas poderoso amigo, sino evidentemente perseguido por él: no habian bastado á evitar este mal los pronósticos hechos tan expresa y repetidamente. ¿Qué podia ser aquello? Al conducirse el doctor Témis de un modo tan delicado, no podia menos de tener alguna razon, no solo muy particular y justificativa, sino mas que todo, grave y poderosa.

Don Juan no la adivinaba ni se atrevia á juzgar al

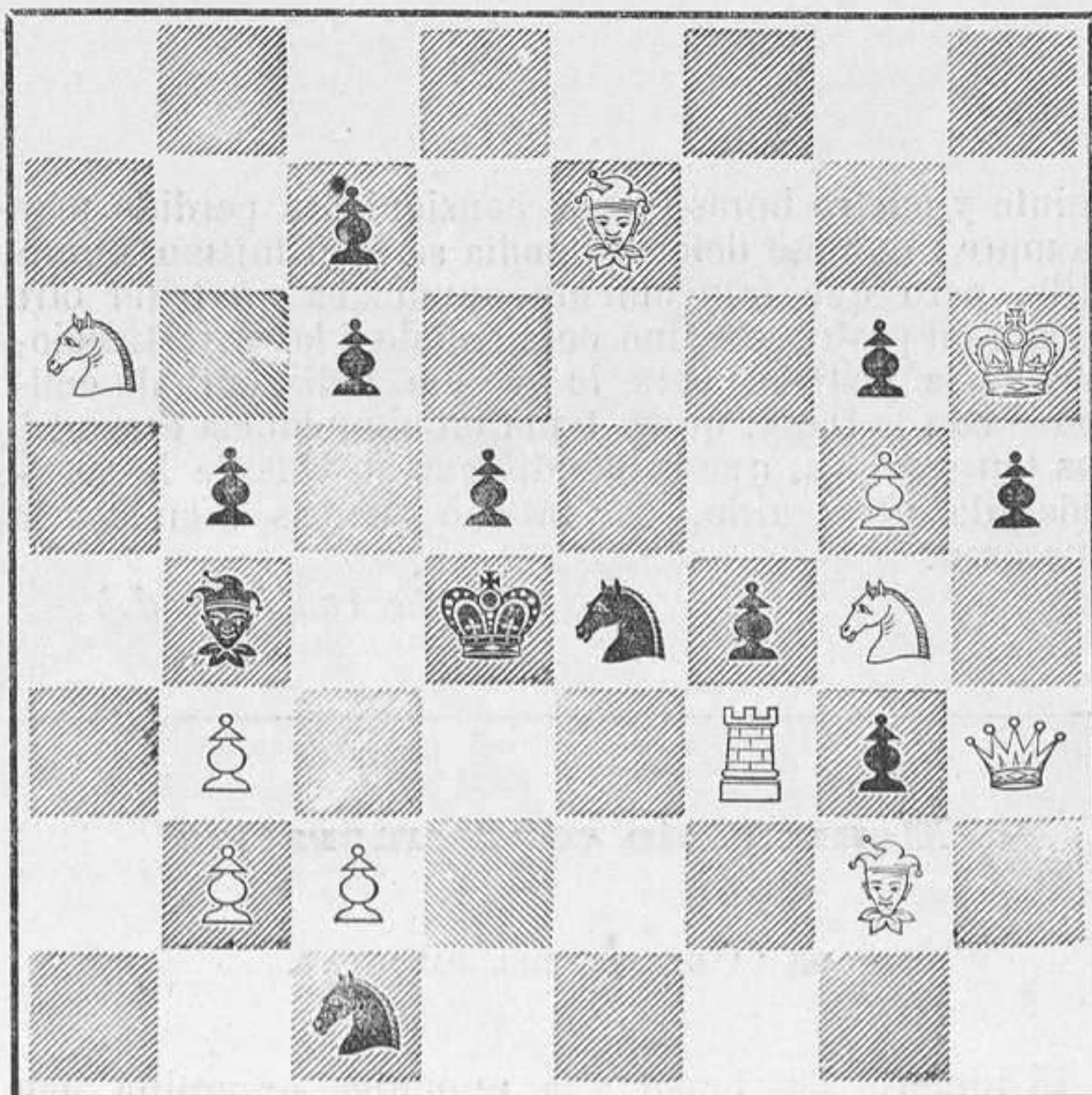
**Problemas de ajedrez.**

*Solucion del número 314.*

- 1 R 3ª CRª                      C 3ª R
- 2 Rª 3ª ARª jaque              R juega
- 3 C 8ª ARª jaque-mate.

**PROBLEMA NÚMERO 315, POR M. G. L. DE BOER.**

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

doctor Témis como un maniático de la justicia que todo lo atropellaba ciega y torpemente. Lo que mas lo confundia era el ser amigo del perseguidor y del hijo del perseguido; á ambos habia prometido su cooperacion y servicios, y no era dado conciliar la amistad en dos empresas tan contrarias y peligrosas. Perder á don Adolfo era la del doctor Témis; salvarlo á todo trance era la de Emilio: una de las dos tenia que ser la de don Juan.

Hallábase en estas dudas muy afligido, cuando llegó Santiago de la casa del señor Osman, no menos afligido por su parte.

— ¿Sabe Vd., le preguntó don Juan, que Adolfo Castelvi está ya denunciado?

— Lo sé, contestó Santiago, y Emilio tambien lo sabe.

— ¿Quién se lo ha dicho? preguntó don Juan con muestras de sobresalto.

— Enrique.

— ¿Luego ya es notorio que Emilio es hijo de un criminal?

— No, contestó Santiago refiriéndole la conversacion de Enrique.

— ¡Qué situacion tan horrible para la amistad! exclamó don Juan suspirando.

— ¡Horrible! dijo Santiago, como todas las situaciones en que un amigo, viendo padecer á un amigo, no puede aliviarlo.

— No solo por eso; lo es aun mas porque dos amigos están en guerra y nosotros no podemos permanecer neutrales.

— Para mí no lo es por eso, replicó Santiago con desprecio: yo no veo sino la guerra de dos leguleyos á cual mas perversos, y entonces la eleccion no es tan difícil para mí y ya está acordada.

— ¿Qué piensa hacer Vd., pues?

— Elegir el menos malo.

— ¿Cuál?

— Monterilla.

— No, Santiago, mejor seria en ese caso que no estuviere por ninguno.

— Debo, don Juan, estar contra el traidor.

— No puedo, dijo este, persuadirme jamás de que el doctor Témis sea un traidor.

— De eso no hay duda, don Juan: delatar al padre de Emilio; revelar así un secreto...

— Tal vez alguna razon, interrumpió don Juan, justifica en este caso al doctor Témis. Dígame Vd. finalmente, de qué lado piensa quedar como amigo. ¿Del lado del doctor Témis ó del de Emilio?

— ¿Y Vd., don Juan, de cuál de los dos queda?

— Yo me inclino al doctor Témis.

— Entonces, dijo Santiago con decision, yo quedaré á favor de Emilio.

— ¿Por qué?

— Porque es muy justo en este caso que no todos abandonen á ese desgraciado.

— Es verdad, Santiago; y yo vacilo mucho todavia, porque no alcanzo á adivinar la razon que mueve al doctor Témis á obrar como está obrando.

— Yo tampoco.

— Sin embargo, continuó don Juan, voy á exponer á usted el único motivo que he podido conjeturar. El doctor Témis es un hombre muy elevado en sus miras, muy amante de la justicia y de la filosofia, y para el cual, mas bien que hombres, solo hay razon y principios; mas bien que individuos, solo tiene presente la sociedad entera con sus desgracias y sus leyes. Pues bien, en este asunto no ha visto ni á Emilio ni á don Adolfo, ni siquiera á sus amigos. Solo ha visto una sociedad atrasada, donde el crimen del padre es castigado injustamente con cierto grado de infamia moral sobre la persona del hijo inocente. Solo ha visto, por otra parte, un principio y una ley que prohiben con razon que el hijo sufra el mas leve mal por las faltas de su padre.

— Eso no es así, don Juan: aquí no sucede semejante cosa.

— Pero el doctor Témis lo habrá visto así; y para defender esa ley y ese principio, piensa aprovechar la ocasion de inhabilitar á la sociedad para que no vuelva á violarlos en los casos futuros.

— ¿Y cuál es el medio de que se vale?

— Uno muy eficaz por cierto: hacer que un padre criminal, expiando sus delitos, satisfaga á la sociedad y sufra solo él el castigo que merece, sin que recaiga el menor grado de deshonra sobre un jóven como Emilio, tan virtuoso, que aunque hijo de un criminal, no es posible despreciar nunca. Mañana ú otro dia vuelve á ocurrir un caso semejante entre nosotros, y entonces se acordarán todos de Emilio y su padre, y traerán así á la vista un acontecimiento en que la sociedad fué justa y empezó á despreciar sus preocupaciones. Con esto solo, la ley y el principio quedan defendidos y planteados para siempre, ilustrándose en ellos la sociedad por hábitos mas ocultos.

— Me ha sorprendido Vd. con su pensamiento, dijo Santiago, no por su exactitud ni por su grandeza, ni menos porque me pareciera digno de justificar al doctor Témis, en quien yo no lo supongo, porque seria suponerle un desvario. Mas concediendo que sea racional y que sirva de justificacion á una perfidia, yo soy muy pequeño, si se quiere, para consentir jamás en que un amigo mio esté sirviéndole á aquel abogado, como sirve á un médico una droga para ensayar la curacion de las enfermedades. No, don Juan, yo estaré en todo caso por Emilio y me opondré á que se lo apliquen de remedio á una sociedad que se supone enferma; basta al doctor Témis que yo lo respete como debo, para que lo deje



con sus razones recónditas obrar según quiera, en tanto que al lado de Emilio trataré de aliviarle los males que ese hombre le va á procurar.

— Yo no puedo, dijo don Juan, determinarme así enteramente: estos dos amigos me tienen confundido.

— Pues no hay más, repuso Santiago, que decidirnos como hemos pensado. Usted encuentra por su parte una razón quizá plausible para sincerar su adhesión al doctor Témis; yo la encuentro por la mía para creer justo el favorecer á Emilio. Esto es suficiente á fin de que cada cual, abrazando su causa con calor, trabaje cuanto pueda.

— Sí, Santiago: así lo haremos, que no desconfío pueda llegar un día en que por diversos caminos vengamos al mismo fin, aunque sea solo para llorar con Emilio, sobre el sepulcro de su padre, las preocupaciones y errores de nuestra sociedad; porque es indudable que Adolfo Castelvi morirá en un patíbulo: el doctor Témis lo ha prometido, y Vd. sabe lo que es esa promesa; cuide usted, pues, de que Emilio no sea víctima de la desesperación ni sucumba bajo el peso de sus desdichas.

— Yo tengo esperanzas, dijo Santiago: puede ser que no suceda semejante desgracia. Emilio piensa encomendar á Monterilla la defensa de su padre, y para mí es seguro que Monterilla lo salva. Anoche tuvo este la audacia de decirme que en último caso, si devolvían á la Cisne al poder de la Daifa, él prometía la salvación de don Adolfo. No piense Vd. por esto, que yo tenga disposición á emplear semejante recurso: se lo digo solamente para que vea que Monterilla, tiene medios de salvar á don Adolfo, y que ofreciéndole una buena recompensa, logrará el objeto: se lo digo además porque es bueno que Vd. ponga en noticia del doctor Témis, como defensor de la Cisne, semejante proyecto.

— Usted no se entiende á sí mismo, dijo don Juan.

— Si me entiendo: deseo que la amistad obre entre nosotros con franqueza y lealtad.

— Tanto peor para todos, dijo don Juan: nuestros servicios serán inútiles así, pues se neutralizarán recíprocamente en perjuicio quizá de Emilio solo.

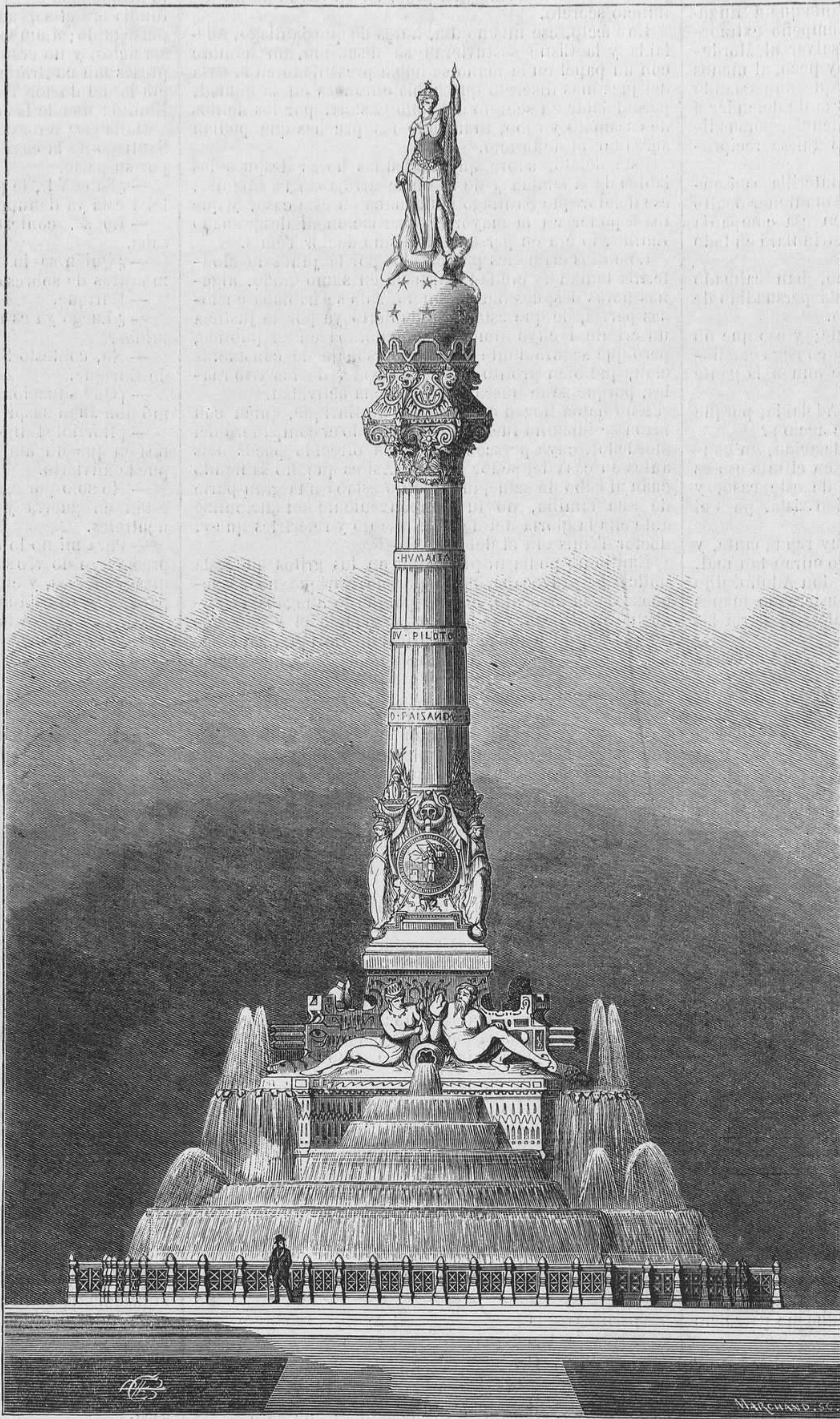
— Pero á lo menos nuestros corazones estarán tranquilos y nuestra amistad inmaculada. Y ojalá, continuó Santiago con énfasis, ojalá que algún día repita lo mismo con nosotros el delator de don Adolfo, ó se avergüence en nuestra presencia, cuando triunfando de él lo confundan nuestras reconvenções.

Don Juan se fué poco después á dar cuenta al doctor Témis del medio que pensaba emplear Monterilla para recobrar á la Cisne.

X.

## LA MADRUGADA.

Pocos momentos después que salió Santiago de la casa del señor Osman, se presentó en ella Jorge trayendo para Emilio una carta de Monterilla, en que le avisaba estar ya delatado don Adolfo y ser contra él tan activa y constante la pesquisa, que si prontamente no se encargaba de salvarlo un defensor que tuviese los estímulos suficientes para obrar, estaría aprisionado en menos de



IMPERIO DEL BRASIL: RIO JANEIRO. — Monumento conmemorativo de la expedición del Paraguay.

veinte y cuatro horas, y por consiguiente perdido para siempre: que ese defensor podía serlo el mismo Monterilla, pero que francamente anunciaba no tener otro medio de protegerlo sino ocultándolo á las investigaciones de la justicia, para lo que era indispensable coligarse con la Daifa, quien tenía en abundancia escondrijos tan secretos, que respondía con su vida de la seguridad del perseguido, por mucho que sus enemigos lo buscasen.

(Se continuará.)

## Monumento conmemorativo

DE LA GUERRA DEL PARAGUAY.

El imperio del Brasil y la república Argentina han terminado su larga guerra contra el Paraguay del modo

mas glorioso para las tropas que han tenido el honor de formar parte de la expedición.

Sus valerosos soldados, independientemente de los peligros y penalidades de la guerra, han tenido que luchar contra un clima terrible, en un país en que las inmensas distancias que había que recorrer hacían casi imposible el alivio que ordinariamente pueden tener tales fatigas.

Así es que en la actualidad se suceden las ovaciones para celebrar el regreso y el triunfo de las tropas; pero si los regocijos públicos les manifiestan de un modo pasajero el entusiasmo que excita su noble conducta, ¿no es natural que se les consagre un inmortal recuerdo que pueda desafiar á la acción de los siglos? Con efecto, acaba de abrirse una suscripción tanto en Rio Janeiro y en las grandes ciudades del imperio, como en Europa, en Paris y en Lóndres, en manos de los ministros plenipotenciarios del Brasil, para elevar en la plaza de la Aclamação en Rio un monumento destinado á perpetuar la memoria de aquella victoria alcanzada por la civilización sobre el despotismo de un hombre. El general Lopez no representaba otra cosa que la resistencia á la marcha del progreso que siguen todos los pueblos modernos.

Esta idea ha inspirado á los señores F. P. A. Caminhoa, arquitecto brasileño, y Paul Bernard, arquitecto francés, el proyecto de monumento que aquí reproducimos. Un grupo colosal que representa la civilización con la figura y atributos del imperio del Brasil, aplastando al demonio de la anarquía, corona el remate de una columna en donde están inscritos los nombres de las principales batallas de la guerra. Victorias aladas y trofeos de armas adornan la base de esta columna cuyo vasto pedestal presenta una fuente.

Ocho ríos separados de los ángulos con proas de naves, recuerdan que si el ejército de tierra ha hecho prodigios de valor, el de mar ha sabido secundarle útilmente. Los efectos de agua que se precipitan en cascadas sobre gradas de granito completan el conjunto de este monumento.

Erigida en medio de la plaza esta columna, sería el principal ornato de ella, pues se la añadirían estatuas y ornatos para convertirla en una maravilla de la América meridional.

Después de la lucha sangrienta que acaba de sostener el Brasil, quiere inaugurar una era enteramente pacífica sobre el terreno de las artes y las ciencias, lucha quizás mas gloriosa todavía, pero que será mas larga y difícil de sostener. En la Exposición universal de Paris el Brasil pudo ver todo el prestigio de las grandes ciudades de Europa, y debió encontrarse humillado, figurando de un modo tan tímido é incompleto.

Ahora tiene que desquitarse y piensa entrar desde luego mas seriamente en la liza, gracias al fomento que Su Majestad Dom Pedro II no cesa de prodigar á los artistas del país y á los artistas extranjeros que atrae á su lado con tanta benevolencia.

Mediante los esfuerzos mas laudables S. M. trata de desarrollar la prosperidad comercial del Brasil y su influjo en la América del Sur. La paz le deja ahora tiempo para ocuparse de la gloria del país en el vasto campo de los diversos conocimientos humanos y para preparar á la nación brasileña un porvenir brillante y próspero, cuyo renombre no será limitado por el Océano y podrá rivalizar un día con las glorias europeas. R. DE M.